

TIRSO DE MOLINA (1584-1648)

CERTAMEN POÉTICO

La propiedad de la alegoría satisfizo a los discretos, las autoridades de la Escritura, no violentadas, a los doctos, lo vistoso y regocijado, a los entretenidos, y todo junto a todos, con que fue general el aplauso, que, como faltaba chusma plebeya, cohechada de la envidia y la ignorancia, no hubo atrevimiento que desluciese ingenios; pidió lo más vulgar entremés, no permitiendo que se les defraudase este plato, que sólo introdujo el abuso y no la proporción. Pero saliendo don Luis con otro compañero, labrador en el traje, pero elegante en la expresiva, y sentándose a los extremos del tablado, en sillas prevenidas para esta última acción, dijo el primero:

«Esta fiesta ha de ser al paso que regocijada, totalmente devota: los entremeses que la profanidad celebra, tienen más de ingeniosos en las agudezas satíricas, que en la traza y disposición que los poemas cómicos requieren; no me pareció guarnecer tela tan preciosa como diálogos divinos, con pasamanos tan ajenos de la modestia cristiana; pues ni aun en los pasatiempos del teatro sé que vengan a propósito cosas tan distintas de la invención de la comedia. Escogí, pues, en su lugar, versos que, cumpliendo con lo devoto y sutil, mezclando lo jovial y entretenido, hiciesen un aliñado ramillete. Debemos la reformación devota de estos días (tan ocasionados a lo contrario, y ya tan frecuentados de la piedad, sermones, jubileos y culto debido al Proto Sacramento), a la en todo considerada religión jesuita; sus hijos, los primeros, ajustaron los ejercicios de estos tres días con el nombre que los aplicó el uso: Carnestolendas se intitulan, cláusula latina, que en nuestra lengua significa carnes que se han de quitar Quitaron ellos, como tan discretos reformadores, las descomposturas licenciosas de la carne, que tan a rienda suelta disponían con sus juegos y liviandades a más ilícitas prevenciones de lo que pide el miércoles siguiente y los demás días dedicados al ayuno y a la cosecha fértil de sacramentos. ¿Qué tienen, pues, que ver vísperas desbaratadas entre gulas y torpezas, con fiestas dedicadas a la templanza, el llanto y el escarmiento? Por la diligencia de estos Padres parecen ya las Carnestolendas, Semana Santa. Entre los disfraces de accidentes amorosos, nos ofrecen al mismo Dios de amor en carne humana. Carnestolendas del vicio, pues nos las quitan de las manos, con la carne divinizada que nos banquetea. Siendo, pues, acreedores de cuantos en estos espirituales recreos los imitamos, paguémosles siquiera réditos de tan provechoso empeño, y llene el vacío de los entremeses la alabanza de sus dos patronos, Ignacio fundador divino suyo, Javierre, primogénito en su evangélico mayorazgo; quedará con menos deudas nuestro agradecimiento, y felizmente concluida nuestra obligación festiva.

Celebró Toledo, con imperial demostración, la fiesta que nos los presentó canonizados, y entre las diversas señales de su liberalidad devota, cantaron los cisnes de su Tajo, como si murieran, viviendo sus versos en un certamen poético. De los muchos, pues, que

autorizaron sus plumas, medrando, no lo interesable de los premios, pero sí la fama de sus agudezas, escogió los que se siguen mi elección, sin perjuicio de competidores, pues la afición tiene licencia para anteponer lo que se mide más con su gusto. Leerémoslos mi colega y yo, alternando poesías, y quedará al arbitrio de los oyentes la censura y alabanza del afecto, si no de la suficiencia.»

Certamen primero

El gran patriarca Ignacio, sirvió soldado célebre al máximo Carlos Quinto, defendiendo de los franceses la plaza de Fuenterrabía, capitán de aquel presidio; quebráronle en uno de sus asaltos una pierna, y salió de aquel peligro y enfermedad (como Jacob de la lucha con el Ángel) cojo, pero reducido a milicia de mejores triunfos; trocó la del siglo por la de su religión. Patriarca y fundador de la más atenta familia que fertilizó los extendidos campos de la Iglesia. A este propósito se pidieron ocho tercetos, y cúpole a mi inclinación la gallardía de los que se siguen:

De la milicia secular soldado,
a la de Dios pasáis vuestra conduta,
capitán para el cielo reformado.

Gente alistáis a quien amor tributa,
Ignacio, llamas del incendio tierno,
que asienta nuestra Iglesia en su conduta.

El nombre de Jesús, blasón eterno,
vuestra bandera célebre enarbola,
triunfo de paz, si estrago del infierno.

El magno macedón cede en Loyola,
la esfera de su augusta monarquía,
si en él griega la fama, aquí española.

Desde la infancia a la vejez del día,
a la Fe restituyen los dos polos,
los soldados de vuestra compañía.

A dos mundos servís de dos Apolos,
al oriente Javier, vos al ocaso,
atlantes héroes de su peso solos.

Crece en vos la humildad, al mismo paso
que vuestra dignidad, Ignacio, crece;
pues de éstas la ambición hace más caso.

En fin, las renunciáis, porque os parece,

que en fe de la que el cielo os apareja,
sólo quien las renuncia, las merece,
pues es más digno de honras quien más deja.

Tocaban diversidad de instrumentos al concluir cada certamen, y acabado el referido, comenzó el recitante compañero, que, para regocijar la fiesta, vestido a lo rústico, imitaba en los versos a don Luis, si bien su estilo, aunque provocaba a risa, no entibiaba la devoción. Escogió, el tal, por nombre, Paracuellos de Cabañas, y leyó agora los tercetos siguientes:

Paracuellos, Ignacio, o Parapuños,
hoy echa entre los otros su alcaldada,
aunque hablen los Guzmanes o los Nuños.

¡Qué mal que paga el mundo su soldada,
si a los que asienta sueldo quiebra piernas!
La vuestra es buen testigo, estropeada.

¡Qué de jinetas mueren en tabernas!
¡Qué de perdidos hay por mala paga!
Y aun menos mal, si excusan las eternas.

Allá se lo hayan, buena pro les haga,
que ya vos profesáis la vita bona,
en medio de Javier y de Gonzaga.

La milicia de Dios os da corona,
(no cívica o mural), la que promete
al mílite legítimo su zona.

Cuatro esquinas os honran el bonete,
cuatro partes también os rinde el mundo,
porque Pedro a su barca las sujete.

Ignacio, del primero sois segundo;
y el primero de todos que descarta
cargos penosos, en que penas fundo.

Gócelos la ambición, que nunca se harta,
que la gloria consiste en merecellos
quien de su peso la cerviz aparta.

Y esto a pagar de su honra Paracuellos.

Certamen segundo

Con la firma del milagroso Ignacio, en su ausencia, sanaban cuantos enfermos se aprovechaban de ella, pero en quienes más resplandecía la eficacia de su asombroso nombre era en las preñadas que, dificultando el parto, se apercebían a servir de túmulo, muriendo, al fruto que buscaba puerta y no la hallaba. Este asunto pedía un soneto que le ponderase, y refirió don Luis el siguiente:

Al limbo humano, maternal distrito,
Ignacio, tutelar de la inocencia,
despacha vuestra vice omnipotencia,
libranzas de valor semi infinito.

Causó dolores el primer delito;
pero en vos la eficacia y la clemencia,
antepone a milagros y experiencia,
una palabra, y ésa por escrito.

Su precursora voz (en las clausuras
de Isabel), santifica la escondida
palabra (firma eterna de Dios hombre).

Y la vuestra en favor de las criaturas,
si no las santifica, las da vida,
y esto vos lo firmáis de vuestro nombre.

Paracuellos, en todo sazonado, asegundó sonetos con el presente:

Ignacio, Paracuellos de Cabañas
pide licencia, si entre sus mesones
dejó el Pegaso críticos granzones,
que al dios semicabrón zamponen cañas.

Jurisdicción tenéis en las entrañas
del ser humano, oscuros Paladiones,
que en este mar mundano son galeones,
y a pilotas comadres dan hazañas.

Santelmo sois de partos, que, entre escollos
mortales, ven su mísera rüina,
cuando el socorro en vuestra firma aguarda.

¡Qué lindamente, Ignacio, sacáis pollos!
Llamaos, pues sois receta y medicina,

precursor de los ángeles de guarda.

Estudiaba el divino Ignacio en la universidad de París (en fe que su religión célebre había de ser universidad de los dos mundos). Impaciente, pues, el celoso santo, de que los vicios, primogénitos de la ignorancia, se matriculasen con los profesores de las letras, siendo éstos más estudiosos en las desenvolturas, que en las facultades, predicaba y reprehendía, sin excepcionar maestros de discípulos. Prendióle por esto el maestro escuela y, cohechado de poderosos amonestados, azotó al reprehensor inocente, el cual, gozoso de imitar hasta en esto a su maestro Christo, le quedaron desde entonces inagotables deseos de padecer infinitos oprobios por su nombre. A este intento se pidieron seis lirras de a seis pies, y fueron las que don Luis leyó, éstas:

Certamen tercero

Substituye su celo
con vos, Ignacio, el religioso Elías,
(París otro Carmelo),
donde, no confusión de idolatrías,
de vicios sí, crueles
contra vos resucitan Jezabeles.

Elías, fuego todo,
y vos Ignacio, fuego hasta en el nombre,
os oponéis de un modo,
contra una mujer él, vos contra un hombre.
¿Qué mucho que querubes
carroza os sirvan y os ministren nubes?

La honra de Dios cела
en Israel, Elías, vos en Francia;
su corte él, vos su escuela,
divina simpatía y consonancia;
que el celo de los cielos
goce en los dos iguales paralelos.

Aunque tengo por cierto,
que en igualarle a vos os hago injurias,
pues él huye al desierto,
temiendo, en fin, de una mujer la furia,
y vos, más que él constante,
a diluvios de afrentas sois diamante.

París, de Europa Atenas,

en vicios como en letras eminente,
reformadora apenas
de sus pecados, vuestra virtud siente,
cuando rayos conspira,
que contra vos arrojan Etnas de ira.

Imitación de Cristo,
azotes aceptáis, porque se enmiende,
que en vos su esfera ha visto
la caridad que, Fénix, os enciende,
y os da eternos trofeos
de mártir, si no en obras, en deseos.

Las liras de Paracuellos fueron éstas:

Con buena gente, Ignacio,
os tomáis en París; con escolares
y chusma de palacio
no hay encuentros que, al fin, saliendo azares,
no azoten como ingratos,
a vos, el maese escuela, a Dios, Pilatos.

Mal año para ellos,
que malas cucas son los unos y otros;
más quiere Paracuellos,
que domar escolares, domar potros,
pues por tener graduados
licencia de pecar, son licenciados.

¡Hay mayor insolencia!
¿Que os sentencie el Doctor mosén Gabacho,
con más barbas que ciencia,
a azotar? ¿Sois ladrón? ¿Sois vos muchacho?
¿En qué justicia funda
el fallamos, Ignacio, de esta tunda?

Dirá que quién os mete
en reformar ajenas libertades.
De bonete a bonete
es la pendencia, predicad verdades,
que, si él vicios sufría,
yo apostaré que no los escupía.

Vitoriosa constancia
mostráis en padecer por Dios trabajos;

si os azotare Francia,
el camino del cielo tiene atajos,
asentadlos a cuenta
de los que a Dios la Sinagoga asienta.

Que, cuando os encarcela
el escolar furor de los franchotes,
la cárcel es escuela,
donde amor os da el grado, si de azotes,
de borla colorada:
Doctor Legista de su ley sagrada.

Certamen cuarto

El soberano vizcaíno y el apostólico navarro, fueron dos polos, aquél del Occidente, y éste del nacimiento del sol; éste, patriarca en lo más remoto de Asia, aquél conquistador para el bautismo de las regiones de Europa y de América. Deseó su familia que los parease en estas alabanzas la sutileza de las plumas de Toledo, ocasionándolas con la glosa de esta redondilla:

El coro de amor blasona,
Loyola y Javier (pues Dios
premia el vuestro), que los dos
sois Géminis de su zona.

Leyó don Luis la suya, que fue de esta suerte:

Seráfica pluma pida,
Ignacio y Javier, quien trata
de vuestra llama encendida,
que en uno glorias dilata,
y en otro arriesga la vida.

Pues si el amor ocasiona
la seráfica corona
de los espíritus bellos,
porque os ve triunfar con ellos
el coro de amor blasona.

Amor (enajenación
del amante en lo que ama),
con indisoluble unión,
vive en su objeto, y se llama

con su nombre y su blasón.

Niño amor, ¿no afirmáis vos
que habéis unido a los dos
con Dios, llama poderosa?
¿No son una misma cosa,
Loyola y Javier, pues, Dios?

Dios sois, ved lo que os sublima
vuestro fuego serafín,
que el alma que amor estima,
más vive (dijo Agustín)
donde ama que donde anima.

Siendo, pues, Ignacio vos,
por amor con Javier, Dios,
no hay serafín más amante,
(pues con unión semejante,
premia el vuestro) que los dos.

Serafines, cuyo asiento
en la mayor jerarquía
os abrasa el pensamiento,
cubriendo en eterno día
el arca del Testamento,

Dios juntamente os corona,
en fe que el cielo pregonar,
para blasones más dignos,
que entre sus dorados signos,
sois Géminis de su zona.

No quiso huir la dificultad del segundo y tercero pie Paracuellos, porque glosando la redondilla, dijo así:

Glosa tan extraordinaria,
no la ha visto el gran Sofí,
¿hay cosa más temeraria,
que por ella revolví
toda la glosa ordinaria?

En la enamorada zona,
donde el gusto se sazona,
y nunca acertó el pesar,
que nadie la ha de glosar,

el coro de amor blasona.

Sí son como Paracuellos
los demás, rindan sus bríos,
pues aunque haya premios bellos,
pienso esta vez, Padres míos,
que se han de quedar con ellos.

No hay ánimo, Musa, en vos,
para un premio de los dos,
si Dios no os glosa este pie:
haced que gracia me dé,
Loyola y Javier, pues, Dios.

Ya santos, ¡oh Querubines!
he salido de este afán;
otro falta, ¡oh Paladines
de Apolo! no glosarán
el tercero, dios fusquines.

Favor, privados de Dios,
Musa, pedídsese vos,
pues no hay santos de más celo,
ni más socorro (si el cielo
Premia el vuestro) que los dos.

Jesús, y qué de sudor,
los dos versos me han costado!
¡Oh paralelos de amor,
quedárame yo atollado,
a no pediros favor!

Digo, pues, que os eslabona
tanto el cielo, que os corona,
y amor de suerte os enlaza
que en la beatífica plaza,
sois Géminis de su zona.

Certamen quinto

Entre los frecuentes raptos con que el regalado jesuita Ignacio se ausentaba de sí mismo, cortesano, entonces temporal, de la bienaventuranza, uno le duró siete días, dejando en opinión piadosa a sus devotos el imaginar que gozó la divina esencia. A la ponderación de tanta dicha, obligó una canción real de a catorce versos, a imitación de las del

Petrarca, a que en cuatro estancias y su contera, se realizase, como el asunto, sobre el ordinario estilo, y algunos afirmaron haberlo cumplido don Luis en la siguiente:

Es la séptima del Petrarca
Si a incomprehensible vuelo, a alteza suma,
alcanza sacre, pensamiento apea,
discursos peregrinos investigan,
no certifica, Ignacio, mas rastrea,
por conjeturas, Ícaro mi pluma,
raptos de amor que serafines digan;
no lazos os obligan
(terrestre impedimento)
al leve movimiento
con que de vos saliendo, en vos quedando,
estrellas atrasáis, y penetrando
de Pablo el non plus ultra, satisfecho,
sacomano estáis dando,
(vice águila de Juan) de Dios al pecho.

Con el blasón se alce de querido
el asombro de Patmos, por la presa
que en los tesoros hizo de diamante,
que si tal postre tuvo sobremesa,
despierto Ignacio, lo que Juan dormido,
siete días gozáis, lo que un instante
el regalado amante,
y si son más pequeños
los gustos entre sueños,
juzgue el que vuestro amor tiene por cierto,
lo que va dél dormido, a vos despierto,
de siete soles a tan corto espacio,
vos vivo, él casi muerto,
y compare después con Juan a Ignacio.

Caiga amenazador, amenazado,
el vaso de elección, primero de ira,
porque suba después al tercer cielo;
que en fe de que cayó, por más que aspira,
de la tierra y su engaño levantado,
encumbrarse, fue corto, al fin, su vuelo;
mas vos a quien el suelo
nunca lloró abatido,
en pie, que no caído,
subís de Dios al último homenaje,
querub por gracia, si en humano traje,
lince en la vista, cuando Pablo ciego,

y luego os aventaje,
pues no os deslumbra inaccesible fuego.

Mas ya que os veis en tan inmenso abismo,
tomando alturas por su golfo puro,
donde ni llegan cartas ni astrolabios,
aligerad la nave, Palinuro,
salid por vos agora de vos mismo,
terrestres olvidad del cuerpo agravios,
surcad piélagos sabios,
distancias y influencias,
medid omnipotencias,
(bien que con corta y limitada sonda)
la beatífica luz os dé sufragio,
pues, por más que se esconda,
su esencia veis, santelmo en tal naufragio.

Canción, parad discursos,
y no os deifiquéis tanto,
que deis a nuestro santo
viador, el ver de Dios la esencia pura;
mas si tiene lugar la conjetura
piadosa, os atreved, que más importa
en fe de tal ventura,
ser tenida por larga, que por corta.

Hasta en lo heroico de las canciones, con ser lo más grave de la poesía, quiso Paracuellos, gracejando, hacer alarde de su buen humor, y así dijo:

Es la diez y siete del Petrarca
¿Quién le metió en dibujos,
Ignacio, a Paracuellos,
de elevaciones, raptos y unitivas?
Volar saben los brujos;
jamás anduve entre ellos,
sino entre güebras, bieldos y entre cribas.

Las músicas festivas
que se usan en Cabañas,
son, como en las montañas,
gaitas y tamboriles;
al baile van Olalla, Blases, Giles,
trovas cantan, no cultas, por extrañas,
que allí no se autorizan
los que al uso de agora gongorizan.

A nuso cura un día,
(que es hombre que acomoda
los autos del Señor, con el barbero)
le dije: «Yo querría
cumplir la Justa toda
de Ignacio y de su heroico compañero;
también yo soy coplero;
mas esto de canciones,
que piden suspensiones
con tanta circunstancia,
serán pueblos en Francia.»
Y díjome: «Aprended las oraciones,
que eso no es para bobos,
pues sabéis más de arrobos, que de arrobos.

Si Pablo no se atreve
a hablar con lengua humana,
los misterios de Dios, que vio en tres días;
y cuando labios mueve
su gloria soberana,
tres A. A. A. pronuncia solas Esafías;
entre las jerarquías
Ignacio arrebatado,
en el Trisagio eterno,
vestido el rico terno
que teje de tres altos su brocado,
¿quién en tales asombros,
cerrando labios, no se encoje de hombros?

Dejó a lo que presumo,
Ignacio en la alquitara
del cuerpo lo terrestre, hasta la vuelta,
y lo sutil, en humo,
pebete, en su Dios para
el alma, toda en su deidad resuelta,
y de su cárcel suelta,
en su infinito espacio,
su esencia vio despacio,
dudando, al conocellos,
cuál se transforma de ellos,
o en Ignacio su Dios, o en Dios su Ignacio;
aunque más oportuno,
sería el afirmar que todo es uno.»

Canción, esto es del cura,

por cuenta suya vaya,
y con él (que lo dijo) el sabio arguya,
que yo no sé escritura
entre la encina y haya,
mas si es verdad, mi alma con la suya,
diré, si allá me topa,
que Dios fue miel y Ignacio fue la sopa.

Certamen sexto

El apóstol español y patriarca indiano, Javier, cuando predicaba entre los bárbaros del Asia, o cuando le preguntaban diferentes cosas, con una sola palabra satisfacía a un tiempo a muchas dudas, como si prolija y distintamente respondiera a no más que una. Milagro sólo conocido en este santo, ponderáronle diez redondillas, y fueron las de don Luis éstas:

Niegue oráculos la efesia,
como en Delo al rubio Dios,
pues ya, Javier, tiene en vos
oráculos nuestra Iglesia.

En vos ha depositado
su saber comprensivo,
pues sois (cuando no su archivo)
su secretario de estado.

Quien negocios dificulta,
comuníqueos sus secretos,
que Dios despacha decretos,
y vos tenéis la consulta.

Bajó en lenguas la Paloma
sobre su Colegio un día,
afirmando quien le oía,
que hablaba en su propio idioma.

Persia, Egipto, Macedonia,
y la inferior redondez,
vio desmentida esta vez,
la torre de Babilonia.

Maravillas fueron santas,
donde el vuelo humano mengua,
el ver que sola una lengua,

pudiese cumplir con tantas.

Mas vos, con otros efectos,
cuando los labios abrí,
no con las lenguas cumplís,
pues, es más, con los conceptos.

Pues, si el cansancio os molesta,
de tantas cuestiones juntas,
a diferentes preguntas,
cumplís con una respuesta.

En enigmáticos tipos,
compendioso respondéis,
y en una palabra hacéis
muchos conceptos edipos.

Pues, si una vez habló Dios,
y a dos dudas satisfizo,
lo que él sola una vez hizo
hacéis infinitas vos.

Paracuellos de Cabañas que, debajo de este nombre hurtado, disfrazaba un ingenio no común, dijo de esta suerte las suyas:

El manjar de redondillas,
para el sol es plato sólo,
pues, por redondas, a Apolo
le saben a albondiguillas.

Pero yo por mí respondo
(y no es mala la respuesta),
que en esta redonda fiesta,
me convierto en Juan Redondo.

Va de redondillas, pues,
que si sobre ellas me aplico,
es por lo que de borrico
tienen en los cuatro pies.

Muchos me afirman de vos,
que sois, en cosas futuras
(cuando os metéis en honduras),
Francisco, el zahorí de Dios;

sois de su llave dorada,
y no es mucho que os prevenga
Dios de todo, sin que tenga
para vos puerta cerrada.

Yo, al menos, de estos efectos
(aunque perdonéis) colijo,
que, sin dejarle escondrijo,
golosmeáis sus secretos.

Pero, Santo, aquí de Dios,
¿no son cosas encontradas,
hablar palabras preñadas
y llamaros virgen vos?

Mas sois navarro, ¿qué mucho,
que su cortedad os haya
pegado de hablar Vizcaya,
y la fe del obrar mucho?

Hablad por enigmas, Santo,
pues con ellas respondéis
a muchos, y mataréis
dos pájaros con un canto.

Que yo, aunque no os las escucho,
sé que cuando las decís,
solamente vos cumplís
hablar poco y obrar mucho.

Certamen séptimo

Tiene la casa profesa de esta ínclita familia, una congregación devota con título de la Anunciada. Y sus hermanos son de lo noble, rico y virtuoso de Toledo. Éstos, pues (en prueba de lo que el Rey Profeta dijo y le usurpó nuestro proverbio: Dime con quien andas y diréte, etc.), imitadores de los religiosos, cuya casa frecuentan, entre muchos ejercicios de piedad y no pequeña costa, es el primero que ministran cuidar del sustento, salud y limpieza de los míseros encarcelados, dándoles cada día de comer, y medicinándolos con puntualidad que asombra; y cuando los llevan a la última desdicha a que los condenó, en el mar, su descamino, los visten y señalan uno de los más compasivos de su congregación, para que, con dineros, regalos y licencia de los jueces, los acompañe, saque de la cadena si enferman, los provea de bagaje, y asista a todo lo que posiblemente puede permitir tan necesaria riguridad. No quisieron los hijos de Ignacio que dejasen de participar de la fiesta de sus patronos gente que tan puertas adentro cuidaba de ella y

merecían mejoras de huéspedes y bienhechores tan bien granjeadas. Pidieron, pues, que ponderasen seis madrigales el celo y liberalidad de su ministerio, y cumpliendo con este asunto, escribió entonces, y agora dijo don Luis, los que se siguen:

Impíreo nombre vuestro celo alcanza,
por el fuego de amor que predomina,
glorioso abrasador, no ya elemento,
de su altura sublime semejanza,
pues imitáis, Congregación divina,
en las obras que hacéis, su firmamento,
tanto de más valor, mayores palmas,
cuanto él, sin alma, envidia vuestras almas.

Si en el eterno tiene silla el gusto,
si dél se influyen gracias a la tierra,
si en el amor célico las ampara,
trono es de Dios de más estima el justo;
favor de pobres vuestro pecho encierra,
santos honráis, que ven de Dios la cara,
luego imitáis al más sublime cielo
en el asiento, en el socorro y celo.

¿Qué prisión ha olvidado la largueza
de vuestra piedad noble y cristiana?
¿Qué enfermo no amparó vuestra visita?
Las heces que arrojó naturaleza
al rincón de una cárcel inhumana,
y al mar después que vayan necesita,
socorréis de viático y vestidos,
que aún no desamparáis los más perdidos.

Esclavos de la Esclava más dichosa,
sola esención de las humanas leyes,
os llamáis: ¡Gran blasón! ¡Ilustres hombres!
Reinó por ser esclava Esther hermosa;
esclavos de tal reina, seréis reyes,
ángeles por oficio (puesto que hombres),
pues si anunciarnos paz el Ángel trata,
ministros os llamáis de la Anunciata.

Loyola os es deudor, Javier se obliga
al celo, que en su fiesta habéis mostrado,
ricos son y seguros los deudores;
buenas fincas tenéis, amor lo diga,
pues por ellos su cielo ha hipotecado

Dios, que sale a pagar sus acreedores;
dichoso empeño donde hacienda sobra,
presta en vellón y en oro doble cobra.

Sirve a Jesús Loyola y Javier santo,
y a su Madre servís, porque hasta en esto
imitéis el amor que los abrasa;
si en una casa estáis, ya no me espanto
que hayáis por ellos tanto caudal puesto,
pues, como dicen, todo queda en casa;
y viene bien que en una Compañía
estén la de Jesús y de María.

También cumplió con lo agradecido de esta obligación, nuestro Paracuellos, diciendo:

Madrigales busqué, yo, Paracuellos,
por ver que nuestra justa los pedía,
y hallé que sólo había,
uno en Castilla, a falta agora dellos;
madriguéñeme el coro
del blanco, madrigal, del tinto, Toro.

Si yo fuera poeta madrigado,
¡qué de conceptos desbuchara fuera,
si no de madriguera
del cerebro, que habéis alambicado
festivos consonantes,
jesuitas hasta aquí, ya congregantes!

Estrujemos, Apolo, nuestra Musa,
que aunque con tantos versos estéis lacio,
en las fiestas de Ignacio,
sobrando obligación, falta la excusa,
pues premia en oro y plata,
la gran congregación de la Anunciata.

Vendiendo paja estaba el otro día
en el Zocodover, plaza siempre harta,
y vi un rosario o sarta
sin Padre nuestro y sin Ave María,
que atrevimientos locos,
engarzaban en hierro, y no eran cocos.

Sus cuentas fueron calvos galeotes,
(si con pigüelas), mancos gavilanes,

que al mar van por batanes,
y admirado de verlos con capotes
y camisas flamantes:
«Limosnas son -dijo uno- congregantes.»

«¡Oh célebre hermandad, cuyos regalos,
-dije- imitando a Dios por tantos modos,
para que alcance a todos,
sobre buenos llovéis, y sobre malos...»
Prosiguiera con esto,
a no acabar aquí el madrigal sexto.

Certamen octavo

Tuvo el apostólico fénix del Oriente, Javier, tan subdelegada del cielo la eficacia de hacer milagros, que, ausente, si algún devoto suyo se le recomendaba enfermo, mandaba imperiosamente a la calentura o a otro cualquier dolor, desembarazase al paciente, y al instante obedecía. Cuatro octavas celebraron este privilegio, y fueron las de don Luis aquéstras:

Apócrifos blasones dio la fama
al único individuo que sublima
su tálamo oloroso, si no cama,
donde muerto otra vez plumas anima;
mas vos, Javier, que en inexhausta llama
fénix sois, al Oriente ponéis grima;
hipérbole de amor, que el nombre agravia
del poético pájaro de Arabia.

No sólo no morís, fénix eterno,
contra el tiempo y olvido reservado,
pero a la muerte misma, su gobierno
le habéis (ya que no extinto) limitado.
Hijo de Apolo compasivo y tierno,
salud, ausente, habéis subdelegado,
sin que el enfermo que a su fe os admite
de físicos contactos necesite.

Las diligencias con que dio Eliseo
al niño de Sunnan segunda vida
el báculo frustrado y el deseo,
su substituto, su virtud fallida,
la oración reiterada y el paseo,

del infante cadáver la medida,
en vos se excuse todo, en vos se asombre,
pues da Giezi salud en vuestro nombre.

Flujos de sangre cura cuando llega
la mujer a la fimbria soberana
del Verbo unido, a quien sin lengua ruega
(que la muda oración a Dios allana);
salud Pedro en su sombra subdelega,
pero, quien no la toca, al fin no sana;
sólo en vos esta gracia resplandece
pues al primer recado os obedece.

No contentaron menos las del donoso Paracuellos, que fueron éstas:

A vosotros, albítares barbones,
con el médico título arrogantes,
de pulsos tentación y de doblones,
mulas en mulas, gorgorán y guantes,
que con recetas derribáis Sansones,
de nuestras vidas pródigos tratantes,
urracas de aforismos indigestos,
que siendo simples ordenáis compuestos.

A vosotros aviso, que ha venido
al mundo un protomédico navarro,
dotor a pie, de la humildad vestido,
(pues no cura mejor el más bizarro);
no registra excrementos, no ha tenido
necesidad de récipes de barro,
porque, a pesar de las flebotomías,
sin purgas da salud y sin sangrías.

La enfermedad, que a fuer de monja o dama,
se pierde por visitas de ordinario,
le conoce sin verle, por su fama;
porque es dotor que cura por vicario,
a un exiforas, sale de la cama
el ético, el buboso, el cuartanario,
y esto sólo mandándoles ausente,
sanad, enfermos, vista la presente.

Si lamparones cura el rey de Francia,
sólo es de aquél cuya garganta toca;
pero Javier, sin tanta circunstancia,

la vida y la salud tiene en la boca;
ya tembláis de que os quite la ganancia.
¡Albricias, turba medicorum loca,
que ya del cielo los zafiros pisa,
no está en el mundo ya, matad aprisa!

Certamen nono

Parecióle a don Luis no proseguir, porque anocheía, con los certámenes que faltaban, y así, despidiendo el concurso, se entró dentro. Pero Paracuellos, que se había picado, pidió aplauso para dos solos que se quejaban de que los enterrasen en vida, y mereciéndolo su sazonado gracejo, se le concedió con general aprobación.

Había el glorioso Javier en Navarra (antes que peregrinase regiones tan remotas), tenido compasivos coloquios y amorosa familiaridad con una imagen de Christo crucificado, que en su patria se veneraba con particular devoción. Ausente, pues, el patriarca santo en la India portuguesa, halló correspondencia tan recíproca en la dicha efigie, que siempre que corría algún riesgo considerable Javier, sudaba el sacrosanto simulacro sangre copiosísima, y lloraba de suerte que conmovía y asombraba los pueblos circunvecinos. Verificóse este milagro, con particular demostración, el día de su tránsito glorioso. No llevaba a paciencia Paracuellos que se le malograsen media docena de décimas que escribió a este asunto, y porque no se le quedasen, como dicen, en el cuerpo, las relató diciendo:

Imagen de devoción
debéis, Francisco, de ser,
por abril haréis llover
si os sacan en procesión;
vuestro amor en conjunción,
regará de barra a barra,
desde el trigo hasta la parra,
y hasta los ojos de Dios,
pues estando en Indias vos,
hacéis llover en Navarra.

Transformador es divino,
el amor que en vos se fragua,
pues convierte a Dios en agua,
volviendo él el agua en vino.
No se holgara Arquiticlino
con vos en sus bodas, santo;
pero agua que vale tanto,
que es el mismo Dios su fuente,

debe de ser agua ardiente,
que así llama amor su llanto.

Siente vuestros desconsuelos
tanto por quien los pasáis,
que cada vez le obligáis
a ser vuestro llora duelos;
bueno es que, estando en los cielos,
tanto de vos se enamore,
que porque el disgusto ignore
la gloria, en que no hay pesar,
cuando él no puede llorar,
busque acá quién por él llore.

Las honras cuando estáis muerto,
os hace en su imagen Dios,
si el Requiem reza por vos,
vuestro Parce mihi es cierto;
en la Cruz corno en el huerto
le hacéis sudar, gran favor,
pues según es el sudor,
y lo que os ama, no hay duda,
que deben de ser (si suda),
caniculares de amor.

Gigantes podéis vencer,
pues en las luchas de amar
le hacéis a Christo sudar
con todo el cuerpo, Javier.
Ríndase a vuestro poder
Moisés, pues le aventajáis,
aun después que muerto estáis,
que sí él, cuando el pueblo aplaca,
agua de una piedra saca,
sangre vos de otra sacáis.

El barbero sois mayor
que la redondez ha visto,
pues muerto habéis hecho en Christo
tantas sangrías de amor;
decid que guarde el sudor,
pues que con él os convida,
que si a su patria querida
vais inmortal a vivir,
con razón podéis decir,
que os dio ese sudor la vida.

Certamen décimo

Pudieran competir, a tener discurso, las vecinas patrias de los dos canonizados, padre y hijo, aunque renovaran antiguas competencias, sobre la mayoría de tan ínclitos tutelares. Esta litis pidió la justa literaria se decidiese, y Paracuellos, atribuyéndose el compromiso en un romance de diez y seis coplas (tasa de la festiva premática) sentenció, con su donaire acostumbrado, de esta suerte:

Como juez de comisión,
por la justa literaria,
cometida a los poetas
entre Guipúzcoa y Navarra,
a dar audiencia a las partes,

con un bieldo en vez de vara,
se asentó al brocal del pozo
Paracuellos de Cabañas.

El bachiller Juan Polido,
abogado por Vizcaya,
graduado de barbero
en el juego de las damas,

informó como se sigue:
«Vizcaya, corta en palabras,
larga en obras y en limpieza,
de Ignacio dichosa patria,

querella de su vecina,
porque, siendo patriarca
Loyola, de sus bonetes,
de sus santos primer causa,

posponiéndole a Javier,
quiere que, en silla más alta,
compre su hijo la gloria,
a costa de sus hazañas.

Esto es contra el mandamiento
cuarto, en que la Iglesia manda,
honrarás tu padre y madre,
y siendo cosa tan clara,

que es Ignacio padre suyo
(si no natural) por gracia,
en tercio y quinto merece
mejoras de esta ganancia.

Non est Discipulus (dice
de Dios la verdad sagrada)
supra Magistrum, ni es bien
que Javier contra esto vaya.»

«Callad -dijo Blas Alonso,
abogado por Navarra-,
que os hace hablar en latín
la sidra de sus manzanas.

La gloria es medida justa
de los méritos, y alcanzan
los de Javier en el cielo,
corona más encumbrada.»

«¿Más que Loyola? -replica.
Eso no, que es patria cara
Vizcaya suya y está
dos dedos de Dios, Vizcaya.»

«Andad con Dios -dijo el otro-,
que según el hierro labra
Vizcaya, yo, pecadora,
podré decir, muy errada.»

«A no dar hierro sus minas
-dijo estotro-, ¿con qué espadas
murieran en Roncesvalles
los doce Pares de Francia?

Más noble es ésta que esotra.»
«Mentís -dijo- por la barba.»
Era capón Juan Polido,
y respondió: «No me agravia.»

Levantóse Paracuellos,
y dijo, en la dicha causa:
Fallo que paguen las costas
el salero y las cucharas.

Chirimías y trompetas sirvieron el último plato a este regocijado convite, pagándole los convidados con demostraciones alegres y vítores agradecidos. Tarde feneció el lícito recreo, pero hízoseles tan corto que se llevaron a sus casas los deseos del venidero, a que, sin prevenirlos, se dieron por citados. Señalóseles para él, la nunca bastantemente ponderada huerta del curioso y apacible Juan Fernández, regidor benemérito de esta Corte. Despejaron el sitio todos, menos los que por amistad o respeto se quedaron a cenar con los generosos comisarios de la pasada fiesta. Apuestas hubo, y no pocas, entre los que la asistieron, de que no había de igualarse la futura a la pretérita, defendiendo las ventajas de aquélla la admiración de los que dudaban poderse añadir en la siguiente cosa que la igualase; y los deseos de los contrarios prometiéndose en la otra desempeños dignos de los que la tomaron por su cuenta. Pero desparciólos el sueño y, reducidos los mancomunados en estos entretenimientos a sus habitaciones, amaneció el lunes bizarro con el sol, puesto que la envidia de su luz, disfrazada en nieblas, quiso desaliñarle resplandores; pero si se los dilató, no pudo a lo menos malográrselos ni menoscabar los apercibimientos hechos para su aplazada fiesta, que fue como se sigue.

CERTAMEN POÉTICO

I

Devotos y regocijados dejó la metáfora ingeniosa a los más de los presentes y, celebrándola el agradecimiento, no poco los deleitó la notable similitud de los que representaron a los dos hermanos, pues, fuera de la uniformidad de los vestidos, en la edad los tales y casi las facciones los buscaron de suerte parecidos, que no hicieron falta los dos Valencianos, sus primeros recitantes, cuya semejanza tantas veces tuvo confusa a la atención misma. Para dar, pues, don Francisco la última sazón a su fiesta, salió con otro de su edad y despejo, y asentándose a los extremos del tablado, dijo el primero:

-Mi antecesor redujo los entremeses (que en la ley del uso y no de la consecuencia, debían seguirse a los coloquios), a versos entretenidos y espirituales. La veneración, pues, que merece cualquiera inventor de entretenimientos lícitos, me obliga a que le imite, si no en todo, en la mayor parte de su elección discreta. Leyónos algunos poemas del certamen que a los dos últimos héroes de la Fe consagró la emperatriz de España, Toledo, y yo, siguiéndole en esto, proseguiré su estilo, con otros que en la ciudad Primada de América (primogénito albergue del bautismo; primero desahogo a las perdidas esperanzas de su ginovés descubridor y primera causa a los laureles inmortales, nunca dignamente

ponderados de sus conquistadores), dedicó a la prodigiosa imagen de la universal restauradora de los hombres, que en la isla Española, en la ciudad de Santo Domingo y en el monasterio de los Redentores, alumnos del ínclito patriarca san Pedro Nolasco, sin saberse de dónde, ni cuándo, vino a patrocinar todo aquel nuevo mundo. Sábese, empero, que estaba sin la veneración debida a lo que representa, en la sacristía del convento referido, dedicada sólo para las procesiones extravagantes y, en particular, para la del Viernes Santo, que en su templo, con lastimosas ceremonias y ternura, celebra la Congregación del Entierro de Christo, representando, con la propiedad posible, desde su decedimiento, hasta su depósito, los pasos más provocativos a lágrimas y reconocimientos.

Es de suyo el milagro so simulacro por extremo bellísimo, pero desde el instante que, para el efecto dicho, la vestían los lutos de su viudez, las tocas de su desamparo, de modo se amortiguaba el semblante que, pálidas las mejillas, sangrientos los ojos, cárdenos los labios y poblado el virgíneo rostro de congojosas perlas, sacaba de los pechos más rebeldes inundaciones compasivas. Durábale esta demostración lastimosa, desde el viernes hasta el domingo por la mañana, sin que los que cuidaban del adorno con que salía a recibir resucitado al Fénix infinito, en la plaza del susodicho monasterio (cuyo festejo estaba también a cargo de la Hermandad misma) al vestirla galas y joyas de valor augusto, se hallase mudanza en su semblante lastimoso, ni señal alguna de alegría. Cubríanla, como es costumbre, con un manto triste y funesto, que negaba el adorno regocijado a los presentes; llevábanla, de este modo, hasta que a la vista el vitorioso simulacro de su unigénito, cercado de luces y gratulado de varios instrumentos, despojándola de improviso el fúnebre velo, bizarra y gozosa, se acercaba a darle parabienes, o por mejor decir, a recibirlos, y entonces, como si verdaderamente se infundiera el alma en la imagen que en su original mereció el primero solio entre los cortesanos del Imperio, risueños los ojos, derramando claveles las mejillas y en su virgínea cara toda la belleza que la más eficaz contemplación considera en los querubes, llegaba con sumisiones de esclava a recibir aplausos de madre. Pasmaba la admiración de los que media hora antes la advirtieron cifra dolorosa de la tristeza y llanto, pareciéndoles que, aunque estuviera animada, se imposibilitara un cuerpo vivo a tan repentinas muestras, ya de pena, ya de júbilo.

Dudó el escrúpulo, para mayor crédito de sus religiosos y más evidencia desta maravilla. Depositóse la imagen en el oratorio del Arzobispo Primado, llamáronse pintores y estatuarios; convocáronse filósofos y médicos, y examinando a unos y a otros, contra el engaño al artificio, salió vitoriosa la sencillez y corrida la indevoción. Un año fue huésped del pontífice sobredicho, tívola en su casa con devoción y vigilancia notable.

Llegó la Semana Santa y, enlutándola el viernes en su presencia, sucedió lo mismo que en los pasados; vistiéronla a sus ojos el sábado en la noche de regocijo, y dejándola tan desproporcionada su congoja con sus galas, como el cadáver pálido con la festiva púrpura; madrugó el domingo, en que volvieron a experimentar curiosos, antes que saliese a la procesión alegre, la mortal melancolía de su milagroso semblante. Pero, apenas desvanecieron los rayos del primer lucero las tinieblas de la noche, cuando al festivo encuentro, el Hijo todo sol, toda aurora la Madre, bañada de prodigiosa risa su

hermosura, deleitó asombrando la infinidad devota que, con aclamaciones, lágrimas y alabanzas, encendieron tibiezas y avergonzaron temeridades, quedando desde entonces triunfadora la verdad y la autora de ella con veneración debida.

No son los milagros de esta celestial efigie tan a puerta cerrada como otros; toda una ciudad, y no como quiera populosa, atestiguó el referido; toda también se halló presente a otro, si no mayor, su paralelo. Desde entonces la constituyeron al altar mayor de su monasterio; allí la asistían días y noches menesterosos, ya en el cuerpo, ya en el espíritu, saliendo los más mejor despachados que los pretendientes de los príncipes. Un terremoto, ordinaria y peligrosa invasión de aquellas partes, duró cuarenta días continuos; no hubo en aquella población edificio que, en parte o en todo, no se arruinase; acogieron los más de sus habitantes a este asilo; en su templo dormían apiñados las noches, en las horas que la devoción y el sueño dispensaban con su cansancio; más de un mes se avecindó en su iglesia toda o la mayor parte de su gente, y en todo él, sin cesar un instante, advirtieron que la socorrida imagen abría y cerraba los piadosos ojos, mudando de suerte la color al semblante que, pálida en él, a veces se pronosticaba el temblor de tierra que luego sucedía, y a veces, bañadas de gozo sus mejillas soberanas, se daban por seguros del peligroso riesgo. Quedóle desde entonces, como milagro de por vida, el no haber lince tan atento que se atreva a afirmar haberla visto la cara dos momentos de un color mismo.

No fueron menos de mil los testigos que juraron, en la información que sus hijos hicieron ante juez competente, todo lo dicho. Y pudiera, a no cansarse el Provisor, recibir en ella la ciudad toda. Agradecida, pues, su Real Cancillería, su eclesiástico cabildo y su noble regimiento, a tan prodigiosa tutela, la juraron de mancomún, por patrona de aquellas islas que llaman de Barlovento, en la principal fiesta con que sus hijos cada año la veneran, que es la de su Natividad alegre. Ejecutóse este devoto reconocimiento, en el de mil y seiscientos y quince, y entre las demostraciones que los tres referidos tribunales hicieron, dignos todos de su generosidad católica, no fue menos célebre el de una justa literaria, que autorizó la solemnidad con el crédito de los ingenios de aquel nuevo orbe, no inferiores a los que en el nuestro desempeñan desvelos de las Musas, pues éstas también, si no avarientas de sus minas curiosas, a lo menos pasan los mares y se lisonjean con sus metales. Algunos versos, pues, que escogió, entre los muchos del certamen dicho, la devoción y el corto tiempo que nos queda, alternaremos mi colega y yo, cumpliendo, en parte, con la que le toca a la divina Ceres, que produjo la espiga sacrosanta del pan del cielo, que hoy, convidándonos, se opone a las demasías profanas de tanto abuso.

Dijo don Francisco, y sacando él y su compañero dos cartapacios, prosiguió de esta suerte:

-Pidióse, en primer lugar, una canción, de cinco estancias y trece versos, que describiese, con levantando estilo, las medras que consiguió el mundo con el dichoso nacimiento de la aurora Virgen, y entre muchas de no mediana estimación, lució la siguiente:

Bella recién nacida
ramo del tronco de Ana,

Sol, que esta vez nacéis del Occidente,
sin culpa concebida,
Aurora en la mañana,
crepúsculo de luz indeficiente,
todo el orbe os presente
dones, con que el contento
celebre vuestro augusto nacimiento;
acuda la montaña,
la corte y el aldea;
porque desde el palacio a la cabaña,
la luz que os acompaña, el mundo vea.

El cielo os dé su luna,
Niña de mi esperanza,
porque de cuna os sirva en vuestro sueño;
mas vos no querréis cuna,
que no hay en vos mudanza,
pues firmamento sois de vuestro dueño.

El sol, con vos pequeño,
os dé para mantillas
sus rayos y por guardas sus cuchillas;
pero vistiéndoos de ellos,
Princesa soberana,
y eclipsando su luz vuestros cabellos,
dais nuevo ser y vida a Joaquín y Ana.

Los planetas y signos,
os sirvan, Niña mía,
en aquesta ocasión de dijes de oro,
y alegres y benignos,
por faja os den, María,
la zona, del sol cárcel y tesoro;
el estrellado coro
os borde de diamantes;
el alba os dé por tocas sus volantes;
la Gracia sea vuestra ama,
a cuyos pechos bellos
maméis su néctar, pues cual hija os ama,
y llena os llama, de su Gracia, en ellos.

Traviesos ruiseñores,
calandrias y jilgueros,
oropéndolas, pardos y canarios,
sirviéndoos de cantores,
con picos lisonjeros,

porque os durmáis, os canten tonos varios;
y siéndoos tributarios
los prados de esmeralda,
os tejan, Niña mía, una guirnalda
que triunfe del invierno,
con olorosos lazos;
y, en comenzando a andar, armiño tierno,
os lleve el Padre Eterno de los brazos.

Cuando queráis, Señora,
jugar, ofrézcaos Ana
una manzana colorada y nueva,
en fe que, si Eva llora
el mal de la manzana,
vos remediéis, mi bien, el llanto de Eva;
mas pues la Gracia os lleva
en su regazo santo,
¿quién duda que es consuelo en vos el llanto?
¡Júbilo y alegría,
pues a nuestros pesares y tormento,
dio fin el nacimiento de María!

Imitóle el compañero, leyendo otra canción, que fue la siguiente:

Hermosísima Aurora
Luna jamás menguante, siempre llena,
Sol cuya luz ningún planeta iguala,
pues todo el mundo en vuestra ausencia llora,
vengáis mil veces muy en hora buena,
que ya con vos no puede haberla mala.

Vuestra belleza y gala
causa a la tierra espanto;
los rayos son del sol puntas del manto
que os cubren con luz grata;
chapines con virillas son de plata
los de la luna en ellas,
y vuestro apretador son doce estrellas.

Con una entera saya
de carne de doncella habéis salido,
y siempre ha de quedar la saya entera,
que, aunque de ella su Alteza escogido haya,
por ser tal, un jirón para vestido,
vestirse dél, sin que se rompa, espera;

jubón de primavera
sacáis, Princesa hermosa,
pues sois lirio, clavel, mosqueta y rosa,
siendo trencillas de oro
la caridad que en vos, Virgen, adoro,
y con tales trencillas,
causáis al cielo y tierra maravillas.

Con joyas infinitas
os adornáis, de mil diamantes llenas,
pues os da el Santo Espíritu sus dones;
vuestras virtudes son las margaritas,
que penden (no de sartas y cadenas,
que en vos no hay culpa, ni ha de haber prisiones),
de cuentas de perdones
cubríis vuestra persona,
pues Dios por vuestro medio nos perdona;
y en vos la Bula veo
del plenísimo y nuevo jubileo,
que absuelve a culpa y pena
con gracias, pues estáis de gracia llena.

Una Paloma blanca
de vuestro ebúrneo cuello, niña, pende,
de infinito valor, que es infinita,
y un Agnus Dei que os hace noble y franca
del pecho vil, que nuestra sangre ofende,
que es Agnus Dei que los pecados quita,
y en fe que solicita
el Rey, como a su esposa,
que salgáis, Reina Augusta, más airosa,
los cielos cristalinos,
sus ángeles os dan para mininos,
siendo vuestros arqueros
las jerarquías para engrandeceros.

Asombro de belleza
salís a luz, para que el mundo os goce,
pisando vuestros pies al áspid fiero,
y cuando os ve nuestra naturaleza,
apenas por su hija os reconoce,
que es ella nube oscura y vos lucero;
en vos busca primero,
aquel lunar o mancha,
que en el hombre sus límites ensancha,
con que nos parecemos

al proto pecador de quien nacemos,
mas no halla en vos ninguna,
porque vos, sin lunar, pisáis la luna.

Si por pena prolija
suele juzgar el parto que ha pasado,
la que en vez de varón a una hija pare
con el parto dichoso de tal hija,
no cabe de contento el monte y prado,
ni Joaquín halla albricia en que repare,
no hay pobre a quien no ampare;
Ana, de gozo llena,
remoza su vejez, pierde su pena,
y el cielo, aunque es setiembre,
hace que Flora primavera siembre,
porque, con alegría,
la bienvenida demos a María.

-Las dificultades de las glosas castellanas (sin las cuales no se tienen por cumplidos los desafíos de este género) -prosiguió don Francisco-, cuando los pies que construyen salen con lo ingenioso y arduo de ello, sacan más lucido el trabajo de sus autores. No quiso, pues, el presente, defraudarles a los de aquella isla fecunda la ocasión de esta alabanza, y así, les pidió que, celebrando en su asunto el privilegio único de la Inmaculada Concepción de nuestra recién nacida, glosasen la redondilla siguiente, cumpliendo a medida de los deseos de todos, el dueño de ésta:

*Culpa original, en quien
fue Madre de Dios, sería
riguridad, si María
es digna de tanto bien.*

Glosa

El ser quién, sin dependencia,
es propio de la sustancia,
que está en la Divina esencia,
que es única circunstancia,
ser el quién por excelencia.

Y así, pues cuadra tan bien
a Dios ser el sumo bien,
y el pecado es mal, en suma,
no pondrá ninguna pluma
culpa original, en quien.

Este quién (que en la pureza
de María mi esperanza
hizo clara su limpieza)
se igualó en una balanza
a nuestra naturaleza.

La eterna Sabiduría,
para esto, eligió a María;
luego esta cándida estrella
más limpia que el sol (pues ella
fue Madre de Dios) sería.

Y si hizo el son concertado
de aquel dúo, en un supuesto,
que el Verbum caro ha cantado,
no es bien que en ella haya puesto
disonancia de pecado.

Conforme esta opinión pía,
será bárbara herejía,
el defender que, en pecado,
Christo, en tiempo, fue engendrado,
riguridad, si María.

Sólo harán de su limpieza
ejecutoria segura
los dos, pues tienen nobleza:
por gracia, la Virgen pura,
Christo por naturaleza.

Mil parabienes la den,
pues son hidalgos los dos:
Él, porque es el sumo bien,
y ella que, Madre de Dios,
es digna de tanto bien.

-En segundo lugar se premió -dijo el compañero- la glosa que se sigue:

Culpa original, en quien
fue Madre de Dios, sería
riguridad, si María
es digna de tanto bien.

Glosa

Aquel quien, a quien Luzbel
se atrevió, de quien no hay dos,
porque no hay igual con él,
conforme el «Quién como Dios»,
que dio triunfos a Miguel,
hizo a su Madre también,
un quien sin igual, a quién
nadie igualarse pudiese,
porque ninguno pusiese
culpa original en quien
no tiene ser el pecado;
y por eso el pecador
a la nada es comparado,
pues deshizo lo mejor
que en él Dios había criado.

Dio el ser humano María
a Dios, que le engendra y cría;
luego si el pecado es nada,
la que siendo preservada
fue, Madre de Dios sería.
Fue; luego al darle ese ser
en el instante primero,
no pudo ser y no ser;
luego ese ser verdadero
sin culpa se vino a hacer.

Conforme aquesta fe mía,
yo ser castigo diría
del hombre, bien merecido,
si en culpa fue concebido,
riguridad, si María.
El que tiene a Dios por Padre,
de quien hereda aquel ser
que al Verbo es razón que cuadre,
¿cómo había de querer
nacer de villana Madre?

Nombre de Reina la den
los que su pureza ven,
que, pues la culpa atropella,
Dios primero y después ella,
es digna de tanto bien.

-Dos romances a lo rústico -prosiguió don Francisco-, entre muchos, satisficieron el deseo del tercer tema, que fue en alabanza de nuestra Emperatriz purísima, el primero de los cuales, dijo así:

¡Albricias, que ya ha nacido
la Señora Mariquita,
que es mar, y quita pecados
del mar de nuevas desdichas!

Serranos, vamos a verla,
darémosla una música,
con que la regocijemos,
en fe que nos regocija.

Remozado se han los valles,
por más que el calor marchita
la frescura de sus ramas,
ya por setiembre amarillas.

Los arroyos juguetones
mostrando, por dientes, guijas,
entre labios de verbena,
dan carcajadas de risa.

Los pájaros, componiendo
motetes y ensaladillas,
cantan, siendo el ruiseñor
su maese de capilla.

Todo el mundo está de güelga,
mas ¿qué mucho, si es María
la que la tristeza humana
nos convierte en alegría?

Sus Padres están con ella.
¡A la he, vieja divina,
que habés dado fruta hermosa,
sazonada, aunque tardía!

Va un borrego de ocho meses
Ana noble, que al parilla
no os dolió nada, ¿es verdá?,
no, mas poco os dolería.

Nacida, o postema, llaman,
cuando nace alguna hija,

pero la que vos parís
de Adán sana las nacidas.

¿Hay más garrida mochacha,
desde Vizcaya a la China?
¡No, pardiez, verá qué branca,
qué colorada, qué linda!

La gracia vos da ell afeite
de la Paloma enfenita,
mejor que no el solimán
que tantas máscaras pringa.

¡Qué lindos ojos tenéis!
¡A la he, que me reguilan
las carnes cuando los veo,
que, enamorando, me admiran!

Amapolas sobre leche
semejan vuestas mejillas;
vuestos pechos, naterones,
como vuestos labios guindas.

Mi bien, guardad no os aojen;
mas no harán, la mi polida,
que vuesto Padre, nuesto amo,
cuando huistes concebida,

de azogue vos dio una cuenta,
que hué su gracia divina,
contra ell ojo del pecado,
del vos soldemente limpia.

¡Que haya a quien de esto le pese,
y por llevar su porfía
adelante, mos reproche!
Ya es más tema que doctrina.

Que de mala gana diera la gracia,
quien vos la quita,
(si él huera Dios) a su madre,
pues con vos en puntos mira.

Dígame tú, el regatón,
¿aquesta prerrogativa,
sácaslo tú de tu bolsa

que tanto nos la escatimas?

Pardiez, que eres hombre escaso,
pues que la gracia limitas
que Dios da con manos largas,
y que parece avaricia.

Al que es escaso, rapaces,
corredle, dándole grita,
y cantad: ¡viva la Reina,
sin pecado concebida!

Leyó el segundo su romance que no agradó menos y fue éste:

¡Ah, del monte, ganaderos
serranos los de Judá,
a la casa de Joaquín,
que nuesa ama parió ya!

Venid, que aunque montañeses,
desde agora vale más
que brocados de tres fondos
nueso rústico sayal.

Porque ya salió la tela,
siendo nuesa Ana el telar
que tejió el viejo Joaquín,
sin urdiembre original.

Diz que se ha de vestir de ella,
uno de la Trenidá,
que a un tiempo ha de ser Pastor,
Rey y Papa, otro que tal.

Aquí está nuesa parida;
¡buena vieja, levantad,
que quien ha parido al bien,
no es razón que sienta el mal!

Comed torrijas, señora,
que María pondrá el pan,
cuando el cielo siembra en ella
aquel grano candeal.

Y si han de empaparse en huevos
un huevo fresco os dará

aquella branca Paloma,
que en vuesa hija ha de anidar.

Su amor divino es la yema,
la clara, la claridad
de su luz, porque mos dicen
que hecho un huego ha de bajar.

No tien cáscara nenguna
que en Dios no hay qué desechar;
todo es meollo, pardiobre;
ved, Ana, cómo os sabrá.

Porque mijor se sazoneen,
la Gracia ponga la sal,
y la canela de encima,
la encendida Caridá.

La miel tráigala el contento,
pues, si va a decir verdá,
no hay almíbar como un gusto,
no hay yeles, como un pesar.

Buenas torrijas son éstas;
comed, Ana, ¿qué aguardáis?,
que no se os caerán los dientes,
aunque tan dulces están.

¡Oh, qué linda checotilla!
¡A la mu, niña, verá!
Gorjeos y risa es toda,
mas no tien por qué llorar.

Al concebirla su Madre,
diz que la quijo picar
ell alacrán de la culpa,
mas mamóla ell alacrán.

Porque en aquel mismo instante,
viéndole el Reye llegar,
le dio tal pasagonzalo,
que le hizo rehurtir atrás.

Y como no la picó,
como a los otros de Adán,
no llora, que no la escuece,

y esto es la pura verdá.

Tamañuela de mi vida,
yo vo por un recental,
un tarro de natas lleno,
y una torta candeal.

El recental branco todo,
la leche como un cristal,
y el pan limpio y sin neguilla,
porque sé que en vos no la hay.

Ni hubo mancha de pecado,
ni neguilla original;
a pagar de mis deseos,
que la bienvenida os dan.

-Como no tuvo Christo, enamorado nuestro -dijo el devoto recitante-, cosa, fuera de las infinitas, que no fuese de María, pues para debérselas todas, no permitió causa eficiente de otro sexo en su humanidad purísima, supliendo en ella su virgínea sangre las veces varoniles, quiso también nuestro afecto que esta fiesta, siéndolo de su Madre, lo fuese juntamente del Hijo, y en fe de esto salió a ella con los dos disfraces misteriosos, el que le encubrió Dios hecho hombre y el que hombre y Dios le negó a los sentidos, permitiéndose sólo a los ojos lince de la Fe animosa. En alabanza, pues, de este amor sin paralelo, se pidió la glosa del cuarteto que se sigue, y aunque hubo algunas, sólo pareció digna de premio la presente:

*Si es vida al hombre la Forma
cuando tú vives, y en ti
Dios vive, eres Dios, que en sí
el Pan es vida y transforma.*

Glosa

Paradojas suspensivas
te ofrece Dios encubierto,
pues quiere que le recibas,
en Él vivo, y en ti muerto;
porque hombre mueras, Dios vivas,

del pan, Dios, la inmensa Forma
en sí te muda y transforma,
y una cosa ya los dos,
como él eres hombre y Dios,

si es vida al hombre la Forma.

Llegas al eterno Altar
del pan Christo, mas de suerte
te vienes a mejorar,
que se transforma y convierte
el que come en el manjar.

Muere lo mortal y así,
uniéndote Dios en sí,
por un modo peregrino,
está en Él su ser Divino
cuando tú vives, y en ti.

¿Quién penetrará secretos,
que al querubín ponen grima,
si con amantes afetos,
en Dios y en el hombre anima
una forma, dos sujetos?

No hay pasar su amor de aquí,
pues no está menos en ti
de su deidad satisfecho,
la vez, que porque en tu pecho
Dios vive, eres Dios, que en sí.

Porque su fineza asombre,
quiso, uniéndose los dos,
casi en un ser y en un hombre,
después de hacerse hombre Dios,
hacer Dios también al hombre.

Trazólo su amor de forma,
que, oculto en la blanca Forma,
transformándole en su ser,
le dio, amoroso, a entender,
que el pan es vida y transforma.

-La devoción de quien tomó por su cuenta todo lo lucido y cuantioso de esta justa -
prosiguió el compañero- salió de madre al hijo suyo natural, como se ha dicho, sin
eximirse del adoptivo, del proto evangelista, quiero decir, Juan, tan uno con los dos, que
juzgó esta festividad los ofendía, si los separaba. A esta causa se pidió una canción real
de a quince versos que, en cinco estancias ponderase las excelencias del regalado Vice
Christo, en la filiación de su amorosa Madre, y llevóse el premio con todos los votos ésta,
que ha de servir los postres al espiritual banquete de este día:

Águila real, que en la grandeza suma
de las impíreas y supremas salas,
subes de un vuelo, y llegas más arriba,
préstame de tus plumas una pluma,
porque me alienten alas de tus alas,
y pues de Dios escribes, de ti escriba.

Tú que el laurel y oliva
tejes, porque la paz y la vitoria
te den triunfante gloria,
donde el deleite reina y el mal calma,
sé mi Talía, tú mis labios mueve,
para que cante y pruebe,
que a Dios estás gozando en cuerpo y alma,
pues águila que a Dios encumbra el vuelo,
mal pudiera tener nido en el suelo.

Tú que, de pescador Apóstol hecho,
pescaste del amor el mejor lance
(que amor también se pesca, si se caza)
tú, que te echaste a pechos aquel pecho,
a quien, en parte, diste augusto alcance,
cuando en su cuello su tusón te enlaza,
en aquella ciudad que el muro y plaza
amor fabrica del metal opimo
que pintan tus proféticos pinceles,
en almas y en papeles,
a donde el Rey es Dios y Dios tu primo,
tu juventud cual águila remozas
y a Dios en cuerpo, como en alma, gozas.

Diote su pecho Dios, diote a María,
dejando tus deseos puros, llenos;
no tuvo más que dar, que más te diera,
pues ¿quien lo más te dio, no te daría,
evangelista virgen, lo que es menos,
subiendo en cuerpo a su imperiosa esfera?;
¿quién es el que no advierte y considera
(¡oh, blanco de su amor, Juan soberano!)
que era del cielo digno
cuerpo que tuvo tanto de divino
y tan poco de humano, siendo humano?

Pues, cabeza a quien Dios sirvió de almohada,
no es bien que en tierra duerma reclinada.

Tú eres águila en vuelo, vista y nombre,
¿qué mucho, pues, que en alma y cuerpo vuelles
al nido eterno, que te ofrece amparo?
Los tres evangelistas, de Dios hombre
escribieron, honrando sus pinceles,
tú desde el In principio al Verbum caro.
Pues, quien lo más obscuro escribió claro,
¿es mucho suba más, y que presuma
que, elevando del cuerpo los despojos,
merezcan ver sus ojos
lo que escribió su delicada pluma?;
y que mano que a Dios retrató humano,

¿la suba al cielo y Dios le dé la mano?
Dos hijos tuvo la virgínea Reina,
Christo fue natural, Juan adoptivo,
y amólos como a hijos tiernamente.
Pues si en el cielo el mayorazgo reina,
Madre que, con amor tan excesivo
amó al menor, por virgen y obediente,
¿quién duda que a su hermano omnipotente
pida que con él muestre su clemencia?;
y pues hereda su triunfante palma,
comience en cuerpo y alma,
a gozar desde luego Juan su herencia,
porque su Madre, en reales regocijos,
en cuerpo y alma goce a sus dos Hijos.

Músicas de todos géneros dieron fin al efímero entretenimiento y, entre aplausos generales, honrosas gracias a sus autores. Convidólos de parte de su sucesor el sazonado don Francisco para el último festejo, a la generosa Huerta del Duque, al Prado, facilitada ya la permisión de su alcalde, y despidióse el concurso, tan acreedores sus deseos de estas esperanzas que conjuraban a la noche se desapareciese instantánea para ejecutarlas de remate.

CERTAMEN POÉTICO

Tan airosos, tan lucidos cumplieron con esta acción devota los recitantes que, cuando la dieron fin, creyeron los oyentes que se comenzaba. Muchos vítores medró el poeta, muchos las personas y muchos más don Melchor y doña Beatriz, que no cesaran, si los instrumentos lo permitieran. Salieron, pues, mientras su canoro aplauso entretenía al auditorio, don Melchor y un primo suyo, por nombre don Fernando, a sustituir con el prometido certamen el entremés que se excluyó por razón de estado de nuestro festejo, diciendo así el apacible dueño de él:

-Yo soy tan afecto al hábito militar, cuyo Redentor y hijo san Pedro dio materia esta mañana a mi discurso, que quise proporcionar el fin con el principio de este día, refiriéndoos la justa literaria, palestra de Apolo la intitularon, que a la canonización de sus dos primeros héroes, el fundador y patriarca de esta cándida Milicia, san Pedro Nolasco, y su primogénito en la gracia, san Ramón Nonnato o no nacido, celebró la mayor Atenas y católico Paraíso, Salamanca, cuya liberalidad en los gastos, en el lucimiento, en la devoción, en la calidad y en el concurso, si no excedió pródiga a la que la Corte dedicó el año mismo al divino patriarca, compitióla a lo menos en lo ostentativo, y no sé si mereció primer lugar en lo aliñoso. Una de las acciones más aplaudidas de ella fue el desafío poético, en que plumas águilas volaron tan sublimes que las perdió de vista la envidia emuladora; pero ¿qué maravilla si eran sus plumas las de Salamanca?

Pidióse en la proposición primera una canción real de a catorce versos, en cuatro estancias, con su remate, que ponderase el misterio de haber la Providencia inescrutable dilatado la canonización de estos dos prodigios Redentores más de cuatrocientos años. Y porque en el más espléndido banquete, un manjar duplicado suele causar fastidio, por sabroso que sea, sólo se os servirán dos platos de cada diferencia, aunque no haré poco en acabar conmigo el defraudaros la noticia de los demás, que reservo para estudio de por sí, donde, sin límites del tiempo, que nos da prisa, se les dé el lugar que merecieron.

Premiaron, pues, los jueces, sin perjuicio de los litigantes, la que ahora os referiré, juntándosele a su dueño los méritos y la fortuna. Dijo, pues, así:

Canción

Vice Dios en la tierra la criatura
primera racional, augustos nombres
borró con la rebelde inobediencia;
¡oh tirano poder de la hermosura!;
¡oh ingratos procederes de los hombres:
postróse a la hermosura la prudencia!

Pudiera la clemencia
del todo Omnipotente,
remedio ser a tanto inconveniente,
si luego hombre se hiciera;
mas difiriólo hasta la edad postrera,

porque tarde redima,
a quien temprano restaurarse espera,
que lo que más se guarda en más se estima.

Vicios el mundo universal alistan,
la santidad oculta sus blasones,
y en Babilonia el orbe se retrata;
los cielos contra todos se enemistan,
derrama la venganza Deucaliones,
diluvios por los montes se dilatan,
y cuando a todos matan,
mitiga la ira el ceño,
reservando seis almas en el leño,
de su piedad alarde,
porque el castigo sus rigores guarde,
hasta el último día,
tanto con más sazón, cuanto más tarde,
que no hay venganza como la tardía.

Legislador primero de su culto
a Moisés hace Dios, porque le quiere
por consiliario de su ley escrita;
y esto no obstante, nos reserva oculto
hasta hoy su cuerpo, aunque en su Gracia muere,
para darnos después lo que nos quita;
la neta margarita,
no luego se congela,
hasta que el cielo la sazona y yela;
ni fuera tan constante,
a darse prisa el sol en el diamante:
su perfección aguarda;
que si es ejecutivo el ignorante,
mayor cordura medra el que más tarda.

Cuatro siglos, ¡oh, santos!, el silencio
os usurpó, con que os venera Roma,
porque el mundo después más os estime;
al paso que os tardáis, os reverencio,
que no luego del arca la paloma
es bien que salga y la esperanza anime;
quien como Dios redime,
en él su amor retrate:

¿Él dilató clemencias?, pues dilate
la vuestra a la memoria
la fiel publicidad de vuestra gloria;

y al fin de tantos días,
seréis con fama al mundo más notoria
los dos, el uno Enoc y el otro Elías.
Santos, más aprovecha
cuanto más se madura la cosecha;
antigua ejecutoria
ganastes que enmudece a la sospecha,
si es verdad que se canta al fin la gloria.

-Lo gozoso -prosiguió don Fernando- entre lo grave, hace las veces de la fruta entre los manjares de sustancia. Este plato tomó a su cuenta en todos los certámenes cierto gracejante salmantino, que se mortificó con nombre de Gil Berugo de Tejares, y salió con ello de suerte que llevó premio extraordinario en todos, menos en las décimas, que no permitieron lo ridículo, y merecióle esta canción, de justicia:

Canción

Añejilla es la fiesta,
mala era para dama,
no tiene más que cuatrocientos años;
con flema manifiesta
nuestra Iglesia su fama;
esta vez no dirán que ha habido engaños
Zoilos ermitaños,
que a humanas diligencias,
censores, atribuyen
tales solemnidades y frecuencias.

¡Ochenta lustros, santos,
madura ostentación es, tras siglos tantos!
Más tiempo habéis dormido,
que los siete durmientes;
desde hoy el Flosantorum nueve escriba.
Preciábase el olvido
de que, entre los presentes,
vuestra memoria ya no estaba viva;
pero hoy que, compasiva,
la urbanidad de Urbano
de nuevo la despierta,
resucita el respeto antiguo y cano,
que no hay cosa a los tiempos encubierta.

Quebró la fe la puerta
a silencios prolijos,
que sin padres llorábamos sus hijos.

La ceniza en las alas
conserva viva al ascua
de su calor, y agora a entender llego,
que no suelen ser malas
mangas después de Pascua,
y que es ceniza el tiempo y los dos fuego;
duerme mudo el sosiego
toda la noche fría,
pero cuando el espejo
del alba sale y amanece el día,
cantan las aves con mayor gracejo;
el queso y vino, añejo,
el juez y los testigos,
el aceite, la espada, y los amigos.

Padres de las Mercedes,
aquí la trova añeja
es de molde, que el ama nos cantaba;
«Urraca, hija, callede,
que en Castilla la Vieja
para vos un rincón se me olvidaba»,
la Religión lloraba
viendo a sus dos patronos
de todos olvidados,
mas como tiene Dios muchas mansiones,
ya Pedro, ya Ramón, canonizados,
podrá, pues los aplaca,
decir lo que su padre a doña Urraca.

Si hasta agora escondidos
os tuvo el tiempo, ya usuráis el medro
de tan largos olvidos,
Ramón con las preñadas, y vos, Pedro,
con que vuestra familia
canta, que os nombra su patrón Sicilia.

Pidió el segundo certamen la glosa de la redondilla siguiente, y que se ponderase en ella la perfección del cuarto voto que tuvo al Patriarca Virgen por patrón. Adelantóse en el premio el dueño de ésta:

*Nolasco, si en Christo fundo
mi bien, porque, como Dios,
me redimió, ¿que haré en vos
que sois Redentor segundo?*

Glosa

Fundar en la semejanza
de Adán, todo culpa y pena,
fábricas a la esperanza,
es fundación sobre arena
de quien triunfa la mudanza.

Funde en ella el leve mundo,
que, pues Christo, Adán segundo,
os hizo a vos su arquitecto,
más duración me prometo,
Nolasco, si en Christo fundo.

Hombre y Dios fue menester
que fundase este edificio,
y hombre y Dios os quiso hacer:
Dios, Nolasco, en el oficio,
hombre en la sustancia y ser.

Mi trabajo y bien, en vos,
se dan las manos los dos:
mi trabajo, aunque me asombre,
porque os contemplo como hombre,
mi bien, porque como Dios.

En vos, pues, como heredero
de vuestro heroico blasón,
fundar mi esperanza quiero,
que sois en la Redención,
de Dios, retrato primero.

Guiando mi pluma vos,
Pedro, piedra, Vice Dios,
un retrato soberano,
fío, del que Dios humano
me redimió, que haré en vos.

Sus llagas Francisco herede,
su Cruz, Pedro, Andrés, Acacio;
Juan gozar su pecho puede,
su nombre, uno y otro, Ignacio,
que eterno en sus armas quede,

que de vos afirma el mundo,

renombre que es más profundo,
pues dándoos el suyo Christo,
sólo en vos el cielo ha visto,
que sois Redentor segundo.

El disfrazado rústico sazonó lo difícil de esta demanda con esta glosa:

*Nolasco si en Christo fundo
mi bien, porque, como Dios,
me redimió, ¿qué haré en vos
que sois Redentor segundo?*

Glosa

Toda la crítica lonja
cultivice mi cuidado,
en cambio de una lisonja;
¡oh copla, en lo revesado,
pareces papel de monja!

Fundó en un valle profundo,
las Batuecas, en el mundo,
fúndelas quien las fundó,
que mejor fundaré yo,
Nolasco, si en Christo fundo.

Este pie, a mi parecer,
bien o mal, ya va glosado,
en él le pensé perder;
hambriento estoy de cansado:
Menga, dadme de comer.

Sentaos, comamos los dos,
glosarémosle yo y vos,
que, si es virtud el manjar,
claro está que ha de alentar
mi bien, porque como, Dios.

A sorbos los versos llevo,
para que mis cascos se armen;
no es malo el tinto, aunque nuevo:
buen vino facit buen carmen,
que ya no gasta agua Febo.

Echad otra, ya van dos;

Baco, dadme ayuda vos,
veréis los versos, Dios mío,
pues vuestro licor del frío
me redimió, que haré en vos.

Cumplamos con el cartel;
Pedro, el morisco mulato
tiembla de veros tan fiel,
pues sacáis, de Dios retrato,
almas del limbo de Argel.

Sólo en Christo y en vos fundo
la restauración del mundo,
pues, devoto, considero,
si él fue Redentor primero,
que sois Redentor segundo.

Recién humano, gorjeaba en la cuna el generoso Nolasco, cuando un día, en la inocente palma de su mano diestra se le asentó un enjambre de abejas y labraron sobre ella un panal de virgen miel. A este asunto se pidieron cuatro décimas, pero estrechándolas a la recolección de un pedazo de prosa, sin que se admitiese al poeta usar de otros vocablos, más de los que en ella se le propusiesen. Cumplió con todo el artífice de las siguientes:

Décimas

Pedro, apenas quitáis penas
a los que en el mundo os ven,
cuando os dan el parabién
lasavecillas de Atenas;
desamparan sus colmenas
por vuestra palma admirable,
y con susurro agradable,
intimándoos sus amores,
beben el alma a las flores,
y os sirven oro potable.

Maravillas son que medra
la fama, que ya en vos luce;
árbol hay que mil produce,
hubo enjambres entre yedra,
mas Pedro, ¿miel de una piedra
a quien no da admiración?;
llamemos vuestra Religión,
pues en vos halló a la letra,
ut suggeret mel de petra,

su tierra de promisión.

Segundo Ambrosio, ambrosía
es la leche que mamáis,
en la mano la gozáis,
si él en los labios la cría;
mas mejórase este día
en vuestra palma, a mi ver,
que en la boca pudo ser
de Ambrosio, dulce elocuencia,
pero en vos la diferencia
que va del decir a hacer.

Predique el santo dotor,
mientras que vos redimís,
que él enseña, vos cumplís,
Prelado él, vos Redentor;
su lengua goce el favor
meliflúo que al Africano
león reduzga cristiano,
que, en fin, a su oficio toca
tener doctrina en la boca
y a vos obras en la mano.

No halló Gil de Tejares comodidad para gracias en la limitación de los vocablos que se permitieron para las décimas, y así se excusó de ellas. En su lugar referiré las del segundo premio:

Décimas

Goce miel el Africano
mientras que las maravillas,
Pedro, de las avecillas
la crían en vuestra mano.
Predíqueos doctor cristiano
la que se mejora Atenas,
pues, vuestras palmas colmenas,
meliflúo Ambrosio segundo,
a los que os ven en el mundo,
cumplís bienes, quitáis penas.

Miel de piedra y Redentor,
enseña en la diferencia,
que es, Pedro, vuestra elocuencia,

la ambrosía que hay mejor;
medra oficio de doctor
vuestro favor, a mi ver,
cumplís, Prelado, en tener,
cuando dar doctrina os toca,
en la mano y en la boca,
el decir con el hacer.

Vuestra Religión penetra
que la fama que en vos luce,
miel en la mano os produce,
ut suggeret mel de petra;
mejora en vos esta letra,
admiración agradable,
árbol os llama admirable,
intimándoos sus amores,
mi lengua, pues gozáis flores,
y bebéis oro potable.

León hubo que miel
cría en los labios, pero ¿quién
halló santo, por su bien,
obras que dan ambrosía?
Penas quitáis este día,
cuando el miedo os mira apenas;
miel por leche, las colmenas
os sirven como al león,
en tierra de promisión,
que dan paz y quitan penas.

Nació el virgen, el mártir, el redentor y cardenal no nacido Ramón, sin nacer, porque muerta su madre, antes que saliese a luz, necesitó la venturosa suerte de su Orden que, porque no se le malograra tal hijo, tal padre le abriese puerta en las difuntas entrañas una navaja, si cruel con la madre, piadosa con el hijo, y más con el mundo, a quien sirvió de luz, de sal y de milagro. Una canción de a trece en seis estancias, sus versos castellanos, intimó este asunto a los ingenios; solos tres osaron la novedad de esta demanda, que por primeras, y hasta agora sin imitación, repartieron entre sí los tres premios y muchas alabanzas. Fue, pues, la una:

Canción

El llanto y la admiración
a la muerte y la vida,
a una entrada, a otra salida,

cuando vos nacéis, Ramón.
No sé si la compasión
se convierte,
cuando nacer os advierte,
en regocijo,
o es tan fuerte
el sentimiento prolijo,
que el ver muerta a vuestra madre,
basta a aguar en vuestro padre
el bien de lograr tal hijo.

Sé a lo menos, que es el modo
del nacer cosa inaudita,
y que Dios la madre os quita,
porque él lo quiere ser todo;
al gusano os acomodo
de la seda,
que artificioso se queda
en el capullo cerrado
que le hospeda,
de donde sale medrado,
pues, gusano, en él reposa,
y saliendo mariposa,
vuela su encierro rasgado.

Del costado misterioso
de Adán formó Dios a Eva,
y fue, ¡maravilla nueva!,
su madre Adán y su esposo;
lo mismo Christo amoroso,
Santo, ha hecho,
pues pelícano su pecho,
roto después de su muerte,
sangre y agua a un tiempo vierte,
con que la Iglesia que funda
del segundo Adán, segunda
Eva, mejora su suerte.

Vos Ramón, que parecéis
de nuestra Iglesia traslado,
roto el materno costado,
de madre muerta nacéis;
entre sangre y agua os veis,
que ya empieza
la prodigiosa grandeza
a volar, de vuestra fama.

La pureza
del agua, Virgen os llama,
mártir la sangre vertida,
que así pinta vuestra vida,
quien agua y sangre derrama.

Casi Israel desespera
de sed, y rompe la vara;
preñez que ya es linfa clara,
puesto que antes un risco era;
si por su curso naciera
de la roca,
poco asombro, estima poca,
causara al pueblo al bebellá,
mas provoca
a admirarla el ver rompella,
que el fruto más satisface
que en estéril tierra nace,
que el que en la fértil y bella.

Un cadáver frío y yerto,
ajeno del alma ya,
¿en qué se distinguirá
de un peñasco tosco y muerto?
Huésped vos de su desierto,
sed tenía
quien os lloraba y no os vía,
de gozaros restaurado,
pero el día
que vio el peñasco rasgado,
satisfizo su eficacia,
porque sois fuente de Gracia
que a nuestra Iglesia ha inundado.

La segunda canción, primera en el crédito de muchos, decía:

Canción

Hoy muda de estilo y gusto,
Salamanca, hija de Febo,
por vuestra causa, Ramón,
y aciértalo, porque es justo,
que nacimiento tan nuevo
invente nueva canción;
hijo sois por adopción,

de María,
y en fe que por tal os cría,
traza bella,
antes que nazcáis se muere
vuestra madre, que no quiere
que tengáis más madre que ella.

Con María no ha de haber
paralelo, ni aun de madre,
porque es su amor de este modo.
En lo humano vino a ser
de Dios Madre, y casi padre,
porque ella lo puso todo;
como a Christo os acomodo,
tiene celos
que ocupéis otros desvelos.

Feliz vos,
pues antes que a luz salgáis,
a boca llena llamáis,
madre a la Madre de Dios.
De su virgen cristal nace
Christo, por modo diverso
que toda generación,
y en esto también os hace
distinto de lo universo,
cuando a luz salís Ramón.

Privilegios vuestros son,
que ya muerta
vuestra madre, os abran puerta
preservada
de varón, porque seguro
salga el hijo, limpio y puro,
de quien ella es madre amada.

Al pie de la Cruz adopta
a Juan, que tanto le amaron
Madre y Hijo, y él fue tal,
Christo un mar de sangre brota,
que para allí se guardaron
los dolores del portal;
vos a Juan en esto igual,
Ramón, fuistes,
en dolores adquiristes
la mejor

madre que la tierra ha visto:
porque solamente Christo
pudo nacer sin dolor.

Ramo, Ramón, sois florido,
que al margen está plantado
de las aguas que dan vida,
del costado producido,
de un tronco que le han rasgado,
la yema medio nacida,
flor de matices vestida,
que se encierra,
raíz, primero, en la tierra.
¿No es trasunto
de tierra un muerto? Seréis
flor, pues, Ramón, que nacéis
viva de un tronco difunto.

Terció nuestro sayagués entretenido la competencia de sus antecesores, con el donaire
que comenzó, diciendo:

Canción

Avisón, bello chicote,
estad al nacer alerta,
porque si os cierra la puerta
naceréis por el cogote;
mas sólo un tosco capote
os dijera
cosa tan simple y grosera,
corazón,
que aunque vuestra madre muera,
y a todos dé compasión,
saldréis blanco y tierno bollo,
del modo que sale el pollo,
quebrándose el cascarón.

Fruta seca debéis ser,
que encarcelada se engendra,
pues se ha de quebrar la almendra
para poderse comer;
¿hay tal modo de nacer?
¿quién dijera,
que como de faldriquera
os sacaran por un lado

dando a todos qué llorar?;
mas todo desembolsar
cuesta pena y da cuidado.

Lástima me causa el verla,
mas fuerza es que ansí se labre,
que si el nácar no se abre,
mal podrá salir la perla;
mucho perdéis en perderla,
si bien fuistes
sabio desde que nacistes,
pues enviáis
la carroza en que anduvistes
al cielo, y como allá vais,
que llevéis será importante
la recámara adelante,
pues cardenal os nombráis.

Del Bautista dijo Dios,
Que era, en quilates subidos,
el mejor de los nacidos;
mas aquí para los dos,
¿esto entiéndese con vos?;
si lo dudo,
es porque decirlo pudo,
a mi ver,
de aquel que nace desnudo
comúnmente de mujer;
mas de vos, cuyo apellido
es, Ramón, de no nacido,
¿cómo se podrá entender?

Esto el Papa lo dicida,
que yo llamaros intento,
mártir desde el nacimiento,
pues nacéis por una herida.
¿Sangre desde la salida
niño santo?
¿Siempre varón? No me espanto
si os alista
la Iglesia, que os precia tanto,
pues cuando a honraros asista,
si mártir siempre os escucho,
niño y hombre ya, no es mucho
que de su púrpura os vista.

Tan imposibles se les hizo la condición del certamen que se sigue a los poetas que la leyeron, que no faltó alguno de los más aplaudidos de esta Corte que, airado contra su autor, dijese que deslucía la fiesta pidiendo milagros. No se atrevió pluma a su dificultad, si no fueron dos, que escribieron a los certámenes todos, uno de los cuales fue nuestro serrano oculto.

Eran, pues, las leyes de este, los desvelos de un romance heroico, digo de versos largos, en que se ventilase quién hizo más por quién: España en darle a Francia al español patriarca santo Domingo de Guzmán, cuya Orden tuvo principio en ella, o Francia en feriarle a España al milagroso Nolasco, fundador de la familia Redentora, que en Barcelona, por el mismo tiempo, echó las zanjias a la amorosa fábrica de su Milicia.

No se contentaba la proposición ingeniosa con esto, sino que añadía que, quitadas después las tres sílabas primeras de cada verso, que, como digo, habían de constar de once, se quedasen en ocho, resultando de todos un romance castellano, y en él se describiese la vida y las hazañas del Serenísimo y nunca suficientemente alabado, don Jaime, primero de este nombre, rey de Aragón, patrón y tutela de la Religión de las Mercedes.

La disparidad de los asuntos en unos mismos versos hizo, si no pusilánimes a los gigantes de Apolo, recatados a lo menos, pues no quisieron darse por entendidos, si no fueron los dos alegados, tanto de mayor alabanza cuanto fue la empresa más difícil; fue, pues, el primero:

Romance

Compiten hoy los dos reinos mayores,
corteses las más célebres diademas,
las lises con las barras coronadas,
que admira, que la fama más celebra.

La española, el mejor hijo que tiene
presenta, para gloria de la Iglesia,
a Francia, religioso y invencible,
que triunfe de la Hidra y sus cabezas;

los cielos gozan y asombroso estiman,
Domingo, vuestra sangre y fortaleza,
que os hace rey, alumno de la fama
Guzmana, pues en vos virtudes reinan.
Las lises, del sacrílego oprimidas
hereje, dos provincias, las más bellas,
abrazan, reducidas a la barca
de Roma, que fluctúa y no se anega.

La Gascuña, a su gremio restaurastes;
Narbona, como su Hércules, su César,
os debe la católica dotrina,
Domingo, que halló en vos padre y defensa.
A España paga agradecida siempre
la Francia, y esta joya desempeña
Nolasco, con teneros por su amparo,
por su luz, por su padre, la fe nuestra.

Maltrátaos cuando niño, riguroso,
en Francia, la codicia y la soberbia
tirana, y por llamaros deudo suyo,
aleve, despeñaros, loca, intenta.
Mas vos, que del engaño los peligros
generoso excusáis, mudando tierra,
segunda patria vuestra, os da los brazos,
ínclita, la corona aragonesa.

Admite Barcelona, que os recibe,
su dicha, que en vos cobra fama nueva,
y alegre pronostica a los cautivos,
segura libertad de sus miserias.
Conóceos Jaime, el rey más vitorioso,
que os llama, por blasón de más grandeza,
segundo sol del mundo, sois su Atlante,
pues firmes vuestros hombros le sustentan.

Su padre y confesor Raimundo santo
os fía, que os ampara, que os gobierna,
divino secretario de vuestra alma,
que os guía, que os coloca a las estrellas;
estriba vuestro medro en tal columna
firme, porque Raimundo, fuerte peña,
no en vano Peñafort fue su apellido,
Nolasco dejaráos su fortaleza.

Si España dadivosa ofrece a Francia
Domingo, sangre real, estirpe vuestra
su origen, vos, de la mejor familia,
llamándoos padre, que ha reinado en ella;
y Francia liberal os hace pago
con Pedro, nuestro amor, de tanta medra,
segundo Redentor, que, imagen suya,
la vida da, la sangre y las riquezas;

de entrambas, ¿cuál diremos que merece
más nombre, liberal? ¿mayor largueza?
¿España en la piedad de tal corona
Guzmana? ¿O el valor de tal nobleza,
Nolasco, como en vos, España adquiere?;
la heroica Redención toda clemencia,
la franca sangre real que os acredita,
célebres ambas, su derecho alegan.

España, no sin causa por su parte,
ofrece sus razones: «La primera,
afirma y dice, que a ella sólo es justo
que en esto se le dé la antecendencia.
¿La causa?, porque estando peligrosa
la Galia con las bárbaras tinieblas
de herejes, nuestra Fe tiranizada,
llorosa y ofendida de sus lenguas,

España dio un católico prodigio
a Francia, dio un Finees que su ley cela,
Domingo, rayo celestial que arroja
mortales al sacrílego centellas,
patriarca español, Colón divino,
piloto que celestes Indias muestra,
soberano patrón de una Orden sacra,
luz toda de virtudes y de letras;

felice y venturoso entre los santos,
pues tiene, pues que goza al alba bella,
cándida Madre del divino humano,
Augusta que, entre rosas y azucenas,
soberano su rostro majestuoso
en Francia, por mayor merced, le enseña
entonces, cuando fundador sagrado,
rosarios que la ensalcen le encomienda,
y amparo a miserables y afligidos,
sus cuentas, porque al dar la última cuenta,
descargos hallen a su sombra asilo,
que libre a cuantos se valieren de ella.»

Aquesto la española piedad dijo,
con gracia y con facundia, aunque pudiera
prudente decir más, pero callando,
a Francia dio lugar grave y risueña;
mejillas de carmín y cristal puro,
que hermosa cubrió el rostro de vergüenza,

rotulan el valor majestuoso
en Francia de su ínclita ascendencia.

«No ingrata -respondió-, reconocida,
confieso los blasones y las prendas
del hijo que engendraron tus virtudes,
y serán, como fueron, mi defensa.
Hidalga, te confieso obligaciones,
mas mira, mas prudente considera,
que paga con mejoras y ventajas,
si debe, hoy el blasón de mi nobleza.

Ya sabes que éste siempre ha sido padre
antiguo y claro de la virtud bella,
y siendo así, cuando el valor faltara,
¿Qué fama? ¿Qué virtud ilustre hubiera?
Nolasco es de la sangre poderosa
de Bles, y de los reyes que a la Iglesia
sirvieron contra bárbaros tiranos
y, fieles, procuraron defenderla.

Tan noble es el sujeto que apadrino;
su tronco: rey se llama y nombra alteza.
Anales aseguren mis verdades,
la fama, las historias que hay impresas,
prodigio milagroso, de la cuna
asombra, y quiere el cielo que, desde ella,
abejas sus hazañas, pronostiquen
portentos que en su nombre sean profetas;

conquista para Dios las dos Mallorcas,
que invicto le restaura; hasta Valencia
le llama, le celebra por amparo,
vencido huye el alarbe, África tiembla.

El collado, aquel cerro prodigioso,
el Puche, Puig le llama aquella tierra,
que altivo, que, sublime, está preñado,
no de oro, de lo más precioso de ella,
entonces (cuando Jaime conquistaba,
la Menfis, la Española Roma nueva,
llamada antes del Cid, puesto que agora
del reino es de Aragón tercer cabeza),
en solio de querubes, en un trono
cándido, y el mejor que ocupó reina,
mostrando muchas noches precursoras

en su cumbre, en su altura, siete estrellas,
hermosa más que el sol brillando luces,

la Madre, la Patrona, la Princesa
del mundo, de los cielos, de la gloria,
permite que Nolasco y Jaime vean
su copia y quiere, si hasta allí escondida,
patente y a los ojos manifiesta,
soberana a su imagen su traslado,
que amparo, que patrón de todos sea.

Domingo, si fundó Predicadores,
que sabios, que celosos nos enseñan
caminos del rey ínclito glorioso,
de quienes sus milagros darán muestras,
Nolasco, Redentores también funda,
que docto, predicando entre blasfemas
y torpes ignorancias, dan su sangre
y vida, porque viva la Fe nuestra.

La Francia y el valor hizo esta hazaña,
¿quién duda, quién no admite la excelencia
que a España, que a quien osa competirme
liberal, hoy le lleva mi grandeza?»
Alegre calló en esto el valor sabio
de Francia; ya yo veo que es problema,
oscuro y arduo, el sentenciarlo agora;
pero si que pronuncie la sentencia
yo mismo manda la ingeniosa justa,
hacerlo, por el premio, será fuerza.

Vaya, pues; según esto. Nos fallamos,
que Francia, que el valor, es bien que venza
a España, pues ha dado quien redima
cautivos, y con Dios se paralela
Nolasco; perdonad mi corta pluma
piadoso, pues sois rey que pisa estrellas.

Leyó don Melchor inmediatamente el romance cercenado, que estaba incluso en el referido, con agradecimientos regocijados de los que advirtieron con el artificio que sacó en él a laza, la vida y excelencias del invencible monarca de Aragón, juzgando que, cuando se hubiera escrito sin las obligaciones dificultadas de tantos, no pudiera decir más. El mismo romance abonará este encarecimiento, examínele la curiosidad, ya bien intencionada, ya escrupulosa, quítele las sílabas que les desnaturalizan de Castilla, y si les pareciere fácil, agora que les ha enseñado el camino, responda por su autor el huevo de Juanelo.

No fue menos célebre el de nuestro labrador, que dice:

Romance

Poeta Gil Berrugo de Tejares,
verdugo, los romances descuartiza,
que nuevos, que diptongos a ser vienen,
bilingües, punto más que hermafroditas.
Por Dios, que fue inventor estrambotado
quien hace, quien ingenios examina
con trampas, en carteles, que parecen
sus versos a doncellas con dos hijas;

Romances como huevos de dos yemas
con cáscaras, hoy, que salga la parida,
uno de otro han mandado, ¿quién vio coplas
a un tiempo, si de Italia, de Castilla?
Ofrézcome al colegio de los mudos,
mejor que no a la fuente Cabalina,
a Toro me encomiendo, a Ribadavia,
a Illán, a san Martín y todo Esquivias.

Comienzo: La provincia que, gabacha,
cantando «compran peines, randas, cintas,
estuches, jaboncillos, alfileres»,
por calles, por las plazas vocinglizan,
cuentan que se dio a perros con la maula
infame del hereje y sus pandillas,
que ciega, que albigense en las historias
contra Dios, contra el cielo, se apellida.

La sombra y el amparo suyo era
un conde, condenada sea su vida,
un bárbaro, un gabacho poderoso,
¡voto al sol, que me güele a chamusquina!

En este triste tiempo, pues, estaba
en manos y en poder de la malicia,
la razón, la inocencia más amable
opresa y, cuando no seca, marchita;
bárbara y ciega la lealtad del conde,
que afecta que me güele a tiranía,
sin temor de un rey preso, maltrataba,
el pueblo, simple entonces, que oprimía.

Lloraba la católica inocencia
sus daños, y a su Dios siempre pedía
humilde libertad, contra el engaño
blasfemo, de quien leyes tiraniza.
«Aurora Virgen, Madre del monarca
que adoro poderoso -repetía-,
la Fe, su libertad cautiva, lloran,
mis ansias, mis prisiones: redimidlas.

Prométoos, flor hermosa, lirio casto,
fragante cinamomo, cedro, oliva,
luciente más que el sol, más que Diana,
cándida palma, estrella matutina,
si entera, si segura del tirano,
ahora, mi inocencia logra dichas,
que ilustre Religión que os dé alabanzas
célebre os fundaré, que humilde os sirva.»

Piadoso oyó el cielo sus promesas;
socorre y, milagrosamente, libra,
a pesar de traidores, la corona
de la Fe, que la Iglesia más estima.
España fue instrumento soberano,
y un santo de piedad tan inaudita,
que pudo la Fe cándida de un pecho
mostrar lo que los cielos la subliman.

Un Guzmán nuestra España le presenta,
con amor, con abrazos, compasiva,
decendiente del real cetro y corona
que tuvo lo mejor de sus provincias.
Alienta la esperanza que en él tiene,
con verle, recibéndole festiva,
la verdad cobra espíritus y fuerzas,
morirá, perderáse la mentira.

Valiente capitán tiende banderas,
invicto y animoso gente alista,
que vuelva por la ley de la Cruz santa,
cobarde Jezabel, tiembla de Elías;
huyendo los apóstatas blasfemos,
su lengua, como suelen nieblas frías,
los rayos, la presencia del sol claro,
confusos sin esfuerzo se retiran.

¡Ah, hereje!, Sansón anda tras las zorras,
¡huid, que no os valdrán raposerías!
Un perro lleva llamas, con que os queme,
de una hacha que os chamusque las barrigas.

Borrachos, no os arriendo la ganancia.
Domingo, fundador de la familia
ha de ser, de los frailes que establecen
las llamas, con la espada y con la oliva;

aquélla, la paz, pura y amorosa,
como estotra el valor de su Milicia;
de la Fe religiosos caballeros,
herejes destruirán, sectas moriscas;
a España debe grata esta vitoria
la Francia, y alabanzas a María;
a Domingo el laurel, la gloria os debe,
divino Rey a vos que sois su guía.

Mas Francia aquestas deudas desempeña
de este don, de esta dádiva benigna
con Nolasco, aquel virgen patriarca
Redentor, que si es Pedro, es piedra fina;
su madre fue la insigne Carcasona,
aquella que libró de la herejía
albigense, el valor de vuestra lengua,
ilustre y gran Domingo, ¿qué más dicha?

siendo, pues, patria suya venturosa
aquella que convierte, en quien predica
de Guzmán el valor, el celo santo,
y paga a la nobleza de Castilla
igualmente este reino con tal joya,
que por él se ennoblece y autoriza,
¿cuál de ellos, dándoos más, Iglesia santa,
dará más que nos dieron nuestras Indias?

Nolasco (va de gracias y verdades),
en esto, vos gran Jaime, sois de vista
seguro y fiel testigo, a vos me atengo,
pues cierto es que en un rey nunca hay mentira;
Nolasco, desde niño, prodigioso,
enjambres vio que abejas melifican
en su mano, en su palma, y fue presagio,
digo yo, de la miel de su dotrina.

A la fe bello niño, que vuestra ama
no hay para qué os dé leche ni papillas,
pues ella ¿qué os importa, cuando abejas
piadosas, por papero, os dan almíbar?
Íncrito Jaime no me he divertido
del propósito, aunque estos loores diga,
¿quién duda, pues, que vuestras alabanzas,
amándole, y las suyas, son las mismas?

Segundo Redentor a vos os deba
la Iglesia, Religión que a Dios imita,
¿ayúdaos, Redentor, un rey? No puede
en el mundo escucharse igual estima.
¡Oh Francia!, pues con vos se desempeña,
y muestra la piedad que os eterniza,
los cielos encarezcan vuestro nombre,
la fama, las naciones redimidas.

No es tanto predicar la Fe que ampara,
Domingo, la virtud que evangeliza,
puesto que vos lo hacéis entre paganos,
Nolasco, aunque hay espadas que predicán,
como es restituir del cautiverio
los tristes, los que frágiles peligran,
a pique, con dejar la ley que adoran
tentados, de dejar bautismo y Crisma.

La excelencia, el fervor del cuarto voto
ardiente, que a quedarse los obliga
en prisión, en empeño por las almas
opresas, como Dios dando sus vidas,
heroica superior virtud es ésta;
Francia dio grande joya, más arriba
se ponga que las órdenes que guardan
no más que los tres votos que autorizan.

Esto juzgo, a pagar de mi dinero;
acaben, denme el premio, que me olisca
la vena mal, mi musa chabacana,
y está muy deseosa de pastillas. (Era el premio
un pastillero de plata.)

Del mismo modo que el romance antecedente, convida éste al curioso que quisiere
examinar la preñez con que sus versos cumplen las condiciones que pidió el cartel
dificultado.

Diversas veces el gran patriarca Nolasco ejerció, en tierras de alarbes, el cuarto voto, que le intitulaba padre, y en todas padeció los oprobios y vejaciones, anejas al cargo que se sustituyó Christo, pues no fuera redención la que ejercía, si no le feriera trabajos y persecuciones. La más célebre, pues, entre tantas, fue la de Argel, donde después que rescató gran suma de míseros aviándolos a España, permaneció en aquella ciudad, calabozo de cristianos, para aliento de los que quedaban y para disputar en la sinagoga hebrea, y convertir los que su doctrina hallase dispuestos, así de éstos, como de los moros, que a todos se extendía el incendio de su caridad fogosa. Convencidos, pues, los más, satisfechos de sí, en entrambas sectas, no hallaron más acomodada solución para sus razones infalibles que arrojar al soberano Vice Christo en un roto barco, sin velas ni remos, al arbitrio de las descortesías marítimas, dejándole en la mitad de sus ondas, sin otra compañía ni esperanza que la de su viva Fe. Ésta, pues, franqueando inmensidades, como si viento en popa y mar en leche navegara en el bajel más aliñado, le llevó al Grao de Valencia, tan milagroso que obligó a que la ciudad toda saliese a recibirle, acompañándole en religioso triunfo hasta su monasterio.

Encomendóse la narrativa de prodigio tanto, a nueve octavas con dos presupuestos: el uno, que cada cual de ellas había de comenzar por el último verso de su antecesora; el otro, que la nona estancia había de constar de los versos de las otras ocho, tomando uno de cada una, y como los Apolos salmantinos a más dificultades hallan más alientos, cumplieron muchos con el rigor escrupuloso de esta demanda. Quien salió, pues, con ella más airoso, fue el dueño de éstas:

Octavas

Al mar os echa el moro que no sabe
que a vuestra lengua, Pedro, así previene,
estilo nuevo, idioma más suave,
si a la lengua del agua os entretiene;
con lenguas habla el mar manso y suave
maravillas a Dios, fuente perenne,
pues los versos proféticos obligan
a las aguas del mar que le bendigan.

A las aguas del mar que le bendigan,
pide David, luego hablan, nuevo espanto;
sus alabanzas a su amor obligan,
y vos sois todo amor, Nolasco santo;
a Christo predicáis, porque le sigan,
pero, impacientes al piadoso llanto,
por no anegarse en él la turba ciega,
quiere ver si en sus ondas os anega.

Quiere ver si en sus ondas os anega,
mas no se hunde la nave, aunque se moja;

vio Pedro a Christo, que a su margen llega,
y con alas de amor al mar se arroja,
pero apenas camina, no navega,
cuando, yéndose a pique se congoja;
mas vos, Fénix de Fe, de gracias suma,
no peligráis en ella, que sois pluma.

No peligráis en ella, que sois pluma
que vuela al cielo, y nos causáis espanto;
el Apóstol Pontífice presume
olas pisar, que no ha de poder tanto;
deslízanse sus pies sobre la espuma,
y a vos seguro os lleva Pedro santo;
señal que vuestra Fe tiene más medro,
que en esto, mucho va de Pedro a Pedro.

Que en esto, mucho va de Pedro a Pedro,
oso deciros, puesto que su llave
le rinda el cielo, ¡prodigioso medro!,
mas Christo a vos su Redención suave;
el plomo se va a fondo, mas no el cedro,
el fuego hace ligero lo más grave,
y como amor es nieto de su espuma,
no hay mar que a amor, que es fuego, le consuma.

No hay mar que a amor, que es fuego, le consuma,
pues en su golfo goza sus extremos;
voláis como por vientos por su espuma;
si al Paraclete sobre el agua vemos,
festivo el Grao, vuestras grandezas suma,
pues con alas de amor en vez de remos,
cuando llegáis del agua a la ribera
segundo Paraclete os considera.

Segundo Paraclete os considera,
paloma por lo cándido y lo santo,
admírase Valencia, que os espera,
regocijo es con vos, lo que fue llanto;
triunfando entráis, ¡oh Pedro, quién os viera
para dar nuevo espíritu a mi canto!,
para afirmar con pluma más suave,
que la Fe es el piloto y vos la nave.

Que la Fe es el piloto y vos la nave,
¿quién duda?, cisne vos de plumas bellas,
al agua os echa el moro, que no sabe

que el cisne vive y se remoza en ellas;
echó al virgen Ramón candado y llave,
y enmudeceros quiso a vos con ellas;
pero mostró la Fe, que en vos fue suma,
como el amor es nieto de su espuma.

Como el amor es nieto de su espuma,
y vos sois todo amor, Nolasco santo,
no peligráis sobre ella, que sois pluma
que vuela al cielo y nos causáis espanto;
festivo el Grao, vuestras grandezas suma,
regocijo es con vos, lo que fue llanto;
al mar os echa el moro, que no sabe
que la Fe es el piloto, y vos la nave.

Debióle esta fiesta todo lo salado al cortesano rústico, y entre lo más donairoso de ella se estimaron éstas:

Octavas

Del púlpito se baja el que predica,
con tocador y capa el casco arropa,
muda camisa, y el bizcocho aplica,
sopa de vino, si él, de sudor sopa,
no hay jarabe mejor, no hay tal botica,
cual la del santo que partió la ropa;
sólo a vos en remojo os han echado,
¿sois besugo? ¿sois congrio? ¿sois lenguado?

¿Sois besugo? ¿sois congrio? ¿sois lenguado,
que hecho salís del lago un palomino?
Salado predicáis, y más salado
os deja quien al mar a echaros vino;
lindamente os ha el perro regalado
gentil bizcocho, ¡oh pierna de tocino!;
extraña sed os causan vuestros hechos,
pues os echáis entero un golfo a pechos.

Pues os echáis entero un golfo a pechos,
no me brindéis, Nolasco, que no abona
acuátiles envites sin provechos,
mi sed; con vino aliento la persona,
beben los que predicán satisfechos,
el quod ore (que ya es sermón sermona);
divino hablar pide licor divino,
si tras la Gracia y Gloria empieza el vino.

Si tras la Gracia y Gloria empieza el vino,
maldígaos Dios, moriscos taberneros,
¿por qué la Gracia aguáis? ¿No es desatino
hacer, lo que hacen hoy refitoleros?
El agua, a los batanes, al molino,
a zurradores sí, y a tintoreros,
mas ¿por qué ha de imitar la triste bota
la rota barca que Neptuno azota?

La rota barca que Neptuno azota,
Nolasco, os lleva, pero vais seguro,
con que os hace marqués de Barcarrota
el mar, que es más clemente que el perjuro;
cascada toda va, mas no va rota,
que la Fe que os gobierna es Palinuro,
el árbol, la esperanza con que vuela,
vos el bajel, la caridad la vela.

Vos el bajel, la caridad la vela,
al mar os echa, habiendo predicado
el hijo de Ismael, Agar su abuela,
del sabroso jamón descomulgado;
pero como el neblí, que sin pigüela
es saeta de pluma que ha tirado
el veloz natural, mejor que el arco,
tras la garza del puerto corre el barco.

Tras la garza del puerto corre el barco,
carrera suya el campo cristalino,
sin vela y remo os precipita al charco
el Galgala alcuzcuz, mas dioos camino,
mejor que al pueblo hebreo, el golfo zarco,
que vos sobre agua y él por tierra vino;
abrióse para él en sendas doce,
y a vos os lleva en hombros, porque os goce.

Y a vos os lleva en hombros, porque os goce,
o en brazos de zafir con que os regale,
y para que Neptuno se remoce,
de perlas coronado a veros sale;
en su puerto, Valencia os reconoce,
tanto con todos vuestro celo vale,
pero decidme, ya que habéis nadado,
¿quién vio, Pedro, jamás, sermón aguado?

¿Quién vio, Pedro, jamás, sermón aguado,
si tras la Gracia y Gloria empieza el vino?
¿Sois vos besugo o congrio? ¿sois lenguado?;
gentil bizcocho, ¡oh lonja de tocino!,
al mar os echa, habiendo predicado,
el Galgala alcuzcuz, mas daos camino
la rota barca que Neptuno azota,
con que os hace marqués de Barcarrota.

Tan semejante en todo del Fénix de amor Nolasco, fue el no nacido Ramón, que mientras vivieron, desmintió la singularidad del de Arabia, gozando aquel siglo en los dos esta ave duplicada. Envidia santa tuvo su cardenal primogénito al padre heroico, cuando le vio, mártir, volver de la ciudad idólatra, y para que ni en esto degenerase de él, en Túnez quedándose en rehenes por numerosa cantidad de rescatados, celador Elías y predicador incansable contra los mahométicos desatinos, sin poder reprimir los impulsos celestiales de su lengua, calabozos, hombres, azotes y martirios, al cabo de todos le echaron un candado a los labios proféticos. Pero sirvieron lo que a los de Isaías la brasa purificadora, pues, con mayor facilidad y elocuencia, pregonaron nuestros católicos misterios, con logro de infinitas almas que, a la luz de tal milagro, dejaron las tinieblas de sus errores.

Intimóse este prodigio a los que con más fervoroso espíritu mereciesen el premio, en un soneto de consonantes forzados, que fueron éstos:

Marca,
Parca,
Constante,
Turbante,

Camello,
Sello,
Promete,
Bonete,

Cuello,
Cabello,
Maravilla,

Capilla.
Monarca,
Barca,

Y el que mejor cumplió con su empeño fue el siguiente:

Soneto

Cordero sois de Dios, ya os pone marca,
el África, que es patria del camello;
laváis la estola, que os guarnece el cuello,
en la púrpura real del Dios Monarca.

Ésta os hizo, Ramón, feliz la Parca,
que los labios os cierra y pone sello,
en Fe que adornará vuestro cabello,
la color senatoria de su barca.

A mayores martirios más constante,
corréis ligero al palio que os promete
ser en su Iglesia octava maravilla.

Triunfad, Ramón, del bárbaro turbante;
saldrá mejor el nácar del bonete,
sobre la candidez de la capilla.

Asegundó nuestro donoso rústico con el suyo, tan entretenido en él, como en lo demás, y decía:

Soneto

Avariento es el moro, más de marca,
ojo de aguja el cielo y él camello,
pues candado en la boca y lazo al cuello,
cierra el tesoro del Mayor Monarca.

Ven acá, cuadrillero de la Parca,
que de Herodes mejor pudieras sello,
si ofendes a Ramón en un cabello,
¿no temes de Aquerón la infernal barca?

Borracho, y no de vino, amor constante
que hable Ramón sin labios nos promete,
¿hiciera tu Alcorán tal maravilla?

Mamola tu Mahoma y su turbante,
pues Roma a tu pesar le da el bonete,
y la Merced su cándida capilla.

No se contentó con esto la pedigüeña justa, sino que obligó a que con los consonantes mismos saliese otro soneto, en alabanza de san Juan Gilaberto, compañero milagroso del apostólico predicador de España san Vicente Ferrer, dominico éste, y el otro mercenario,

que la uniformidad de las costumbres, enlaza diversas profesiones. Fundó san Juan el Colegio de la Vera Cruz de Salamanca, sinagoga primero de judíos, convertidos todos por los dos al bautismo, y adjudicándola a la Orden Redentora, de quien era hijo, fue desde entonces Salamanca en cifra, así en letras, como en calidad de sangre, y su Colegio, en estas dos circunstancias, uno de los más calificados de aquella ciudad ínclita, porque no se admite en éste quien, con rigurosa información, no salga docto y de cuatro costados generoso.

Un milagro célebre ocasionó las medras de su religiosa transformación, porque predicando en esta casa, entonces, como digo, sinagoga, el santo Gilaberto, con fervoroso espíritu, llovió el cielo infinidad de cruces blancas que, esparciéndose por los vestidos y cabezas de los contumaces circuncisos, los obligó su asombro a que, abjurando la ley ya estéril se redujesen a la fecunda de la Gracia.

A este propósito, se juzgó más aliñado:

Soneto

Rebelde sinagoga, en tu comarca
rodillas a la carga hinca el camello,
y tú no quieres inclinar el cuello
al yugo fiel del celestial Monarca.

Vicente y Gilaberto son tu Parca,
contra ti en Salamanca echan el sello,
cuelgue a Absalón la encina del cabello,
pues pretende anegar de Dios la barca.

La Cruz, trono de amor, Fénix constante,
duración en tu casa nos promete,
lloviendo cruces, ¡nueva maravilla!

Esclava servirás al vil turbante,
que las plantas estampe en tu bonete,
mientras sirve a la Cruz nuestra capilla.

Leyóse el de Gil, y decía:

Soneto

¡Alón, de Salamanca a otra comarca,
nasicurvos con gibas de camello;
póstrese a todos vuestro infame cuello,
sin templo, sin caudillo, sin monarca!

Cruces el cielo llueve, porque es Parca
de judíos la Cruz, de la Fe sello;
mentís desde la planta hasta el cabello,
si el símbolo negáis de nuestra barca.

Colegio tiene ya, limpio y constante,
aquí, la Vera Cruz, en que promete
cátedra a la verdad, ¿qué os maravilla?

No admite raza mora del turbante,
no circuncisa sangre del bonete,
que es blanca y pura aquí nuestra capilla.

Bajó en persona Christo nuestro Redentor con vestiduras sacerdotales, que le tejieron serafines, con infinidad de ministros angélicos que, no necesitando antorchas materiales, cada uno servía de sol resplandeciente. Venía el Divino enamorado con esta religiosa ostentación a comulgar a su favorecido virgen, cardenal y mártir, al último trance de su apetecida muerte; dándosele a sí mismo por viático, favor hasta agora, que yo sepa, no comunicado a otro alguno, y sucedió este amoroso asombro en Cardona, en los Palacios de su vizconde (ya son agora sus descendientes duques), grande devoto y patrón suyo.

Siete madrigales pintaron diestramente este prodigio, y entre muchos merecedores de estimación agradecida, ocuparon éstos el lugar primero:

Madrigales

Amorosos suspiros
escucho entre desmayos,
que lastiman a un tiempo y enamoran.
¡Válgame Dios! Zafiros
celestes se abren todos, y con rayos
pacíficos, aquellas cumbres doran,
seráficos querubes,
argentan aires y matizan nubes.

Los ecos compasivos
salen de aquel palacio
augusto, con las armas de Cardona;
sus ayes sucesivos
pueblan de admiración todo el espacio
que el círculo diáfano corona;
¡qué tiernos los ha dado!
ausencias son de algún enamorado.

Jazmines y claveles
adornan la belleza
de un ángel de cristal que en tierra yace;
éstos, entre laureles
le ministran diadema a la cabeza
con pluma de rubís que los enlace,
y los otros, fragantes,
su toga son, poblados de diamantes.

Acantos y azucenas
le mullen blanda cama,
primavera será pues yace en flores,
¡qué ardientes son sus penas!
¡con qué intención, con qué ternura llama
a la dulce ocasión de sus amores!
Cisne es, que a gozo mueve,
pues cuando espira canta y viste nieve.

¿Qué música es aquélla,
que admira deleitando
y armónica suspende este horizonte?
Los ojos vuelvo a vella;
racimos desgajando
miro del sol, que bajan aquel monte;
mil serafines bellos
diluvios traen de luz en los cabellos.

Todos son precursores
de una deidad hermosa,
que a la estación del tierno amante guía;
deslumbran resplandores
del alba, que le adorna majestuosa,
casulla viste que escurece al día,
y, de hermosura abismo,
él mismo es la custodia de sí mismo.

Al cándido doliente
se acerca y el postrado,
en manos de cristal, corales toca;
¡qué tierno, qué clemente,
le quita de los labios un candado!
Ya es fuente de maná su feliz boca;
dichoso el que interesa
tal manjar, tal Ministro y a tal mesa.

No porque el sayagués curioso se atribuyó la plaza del gracejo, perdonó lo sutil a sus estudios; mostrólos extremadamente en éstos:

Madrigales

¡Digo que verán cosas
extrañas cada día y portentosas!
Que a un enfermo visite
el médico y le sirva de convite,
¿éstas no son historias prodigiosas?
que un cardenal, un príncipe de Roma
diciendo que se muere,
cuando bocado atravesar no puede,
¿llegando el enfermero, se le coma?
¿Mas qué mucho si el pisto
es, cuando menos, Dios, Cuerpo de Christo?

No piensen que he jurado,
digo que a Christo come, que ha llegado
piadoso a visitarle,
porque a la muerte está y a regalarle;
si al médico un enfermo se comiera,
cesara tanta turba,
o curaran mejor, cuando la hubiera;
pues cuando el pulso tomen,
si no al paciente, a su dinero comen.

Mas tórnome a mi cuento;
a Pablo el ermitaño, cuando hambriento,
de la suerte que a Elías,
medio pan le llevaba los más días,
con medio no estuviera yo contento,
un cuervo portugués, todo bayeta;
si al cuervo se comiera,
condumio con el pan Pablo tuviera,
¿más qué hiciera después sin su estafeta?
Providencia fue extraña,
digna de santidad tan ermitaña.

A vos, con más regalo
os trata el mismo Dios cuando estáis malo;
¿malo?, el dicho condeno,
enfermo sí, que vos siempre sois bueno;
y no sólo con él, Santo, os igualo,
mas digo que le hacéis tanta ventaja,

que si a Pablo el primero
un cuervo le sirvió de despensero,
a dárselos Dios en pan del cielo abaja;
mirad, aunque es su siervo,
la diferencia que hay de Christo a un cuervo.

No le fue permitido
comérsele, ni fuera agradecido,
y vos lo hacéis de modo,
que el pan y el despensero os coméis todo,
y porque os lo coméis sois más querido;
la sustancia os enseña que el pan tapa,
pues descubierto viene;
comed, Ramón, que yo sé que no tiene
tal maestresala y plato, el mismo Papa;
pues del pan que os envía,
panadera, aunque Reina, fue María.

Camino regalado
os promete, del cuerpo aligerado,
que como es carga inquieta,
no habéis agora de llevar maleta;
de ella tendrá Aragón digno cuidado,
preguntádselo, Santo, a las preñadas,
que aliviáis de manera
que sois varón y parecéis partera;
mil criaturas tenéis desembolsadas
por cortes y cortijos;
no he visto virgen yo con tantos hijos.

Larguillo es el viaje,
mas por eso lleváis matalotaje
que hambrientos asegura
y, tierno siempre, eternidades dura.
Adiós viador divino, buen paraje,
amigos tengo allá de muchas prendas;
besad los pies a padre,
dad mis recaudos a señora madre,
y a todos los demás mis encomiendas,
y caminad de gorja,
pues os hace, Ramón, Christo la alforja.

Seis cuartetos sáficos se encargaron de pregonar el regalado cariño con que el cielo despachó sus espíritus al patriarca Redentor, ya viejo y impedido, supliendo sus angélicas manos el ministerio de los venerandos pies y, a petición de sus afectos, llevándole una

noche al coro, cuando sus cándidos hijos cantaban maitines a su Patrona augusta. Los que se eligieron por mejores, fueron éstos:

Sáficos

Cándidas canas, salamandria ardiente,
alma de llama, aprisionada en yelo,
frágiles años, ánimo valiente,
dame tu vuelo.

Déjale al cuerpo respirar, tranquila
paz sosegada, duérmanse sus ojos,
pues la milicia al vencedor jubila,
logra despojos.

¿De qué modo, empero, acabarás contigo,
que no te aflija su enfadoso encierro,
si alarga el plazo, Pedro, en su castigo
cárcel de hierro?

Con David dices, cuando fuego exhalas,
viendo que el peso corporal te aploma;
«¡Oh quién tuviera las veloces alas
de la paloma!

Pero entre tanto que destierros lloro,
cielo tu imagen, mi ventura goza,
pues le retrata el amoroso coro
que me remoza.»

Dijo, y al punto que explico el recreo
que le ministra tiernas alabanzas,
ángeles puros cumplen al deseo
las esperanzas.

Hasta en la novedad de estos versos mezcló sus entretenimientos el rústico ingenioso,
diciendo:

Sáficos

Fuente engendrada de la cox de un potro,
sáfica musa, zafia está mi vena;
váyase ahora, si esto os causa pena,
uno por otro.

Siente Nolasco ver sus fuerzas flacas,
y que en el coro penas no diviertan;
otros regañan cuando los despiertan
con las matracas.

Llora impedido, cuando a media noche
canta el convento, cual si cielo fuera,
himnos y salmos. ¡Ay Dios, quién le diera
litera o coche!

¡Qué gran milagro! Bajan en cuadrilla
mil serafines que le sirven de andas,
álzanle todos, llévanle en volandas
hasta su silla.

Pásmanse, alegres, los que entrar le miran,
quédanse absortos, frailes y vicario,
cuando registran el antifonario,
todos se admiran.

Santo en el vuelo, Fénix sois de Arabia,
plumas os sirven, dicha es la flaqueza,
canas felices, más callar que empieza
el Dómine labia.

A un mismo tiempo concluyó el sol su efímera jornada y nuestra fiesta su honesta y devota recreación, dándola sin músicas ruidosas y apacibles y saliendo de ella todos tan satisfechos, cuanto reconocidos a sus inventores, sin pensamiento los más de profanalla aquella noche con las destemplanzas ilícitas que rematan el martes de la gula.

Cumplieron, en fin, los tres amigos y sus tres esposas, sin perjuicio de la modestia, con las permisiones del uso, festejaron su patria y feríaronla de camino devociones a los santos, que fueron asuntos de su regocijo, mostrando en él las ventajas que, aun en lo más apetitoso de sucesos varios y fortuitos, hace la verdad a las ficciones, las historias a las fábulas. Pues, por más que el ingenio más discursivo en ellas, quimerice y teja prodigios y novedades, riesgos, aventuras, celos, desesperaciones y amores enmarañados, no los podrá imaginar tan finos, tan apacibles, ni tan ejemplares, como nos los refieren las vidas de los santos. Determináronse, en fin, los seis, de dar a la imprenta las de estos tres soberanos héroes del martirio, dilatando la pluma por el espacioso campo de sus hazañas, sin ir contra la verdad de ellas, para que, de este modo, los gustos que con tanto fastidio se muestran desgastados a lo espiritual y provechoso, y con tanto hipo se dejan arrebatarse de lo profano y quimérico, con la apariencia de esto disfrazada la medicina, se eslabonasen lo entretenido y lo útil.

Ojalá consigan sus deseos y este libro vuestro agrado, que si hazañas impropias en los de caballerías, amores vanos en los pastoriles, sucesos inútiles en las novelas y transformaciones alegóricas en las fábulas, entorpecen costumbres y tiranizan tiempos, gozando en los semejantes a éste, lo apetecible de los otros, medrarán universalmente, el sabio, el religioso, la dama, la recogida, el niño y el viejo, noticias de los más vitoriosos capitanes, más celebradas y felices hermosuras que despacharon las condutas de la Gracia y, provocándolos su imitación, empeñarán sus agradecimientos a que prosiga en la segunda parte, con lo que en ésta he comenzado, como lo promete su dueño, si consigue este libro lo que en el título insinúa, que es «deleitar aprovechando».

Todo lo que en él se contiene, se subordina, con su autor, a la doctrina y censura de la Santa Madre Iglesia, y de los que en ella con piedad, suficiencia y celo católico, le emendaren; y si alguna cosa se hallare que desdiga, directa o indirecta de nuestra santa Fe o buenas costumbres, desde luego se da por no dicho, confesando sus yerros la ignorancia de su dueño, sin presunción de malicia. En Toledo, a 26 de febrero de 1632 años.

FIN